

Geraldine Colotti

El secreto




ELPERRO
yLARANA

narrativa



El Secreto

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Geraldina Colotti

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición a cargo de:

Fundación Editorial El perro y la rana

Edición

Juan Carlos Torres

Corrección

Daniela Moreno

Ninoska Adames

Diagramación

Arleene Abrahams

Diseño de portada

Greisy Letelier

Imagen de portada

Fotografía de Joaquín Cortés (s/t, 2001).

Tomada de la coedición entre el CENAF y la FEPR , 2006.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5158-7

DC2022001569

Geraldina Colotti

El Secreto

1

El monstruo aparece de repente y entierra sus garras verdes y pantanosas en el vientre de un inocente gordiflón que pasaba.

Una masa de tripas sangrientas inunda la pantalla y enseguida Coca Cola y rosetas de maíz comienzan a bailar la samba dentro de mi pobre estómago, mientras el muchacho que está enfrente –cabellos en punta como alcachofa y franela larga hasta las rodillas– lanza un grito salvaje, uniéndose a los de un público compuesto casi exclusivamente por quinceañeros de la periferia.

Yo, Scilla –Lilla para mami y papi, y para cualquiera que me conozca desde pequeña cuando todavía no lograba pronunciar mi nombre–, de edad tengo trece y pico. De hecho mis compañeros de escuela son más grandes que yo, que hice el preescolar con las monjas y que a la escuela entré adelantada.

Junto a buena parte de mis compañeros de aula, cada mediodía me cuelo en este cinecito de mala muerte a ver una peli desbordante de sangre e intestinos mezclados, y además, prohibido a menores de catorce.

Si mami se enterase tendría que decirle adiós a mis dos horas de libertad dominical, por eso, mejor me las

disfruto hasta que pueda, y con toda la fuerza de mi garganta me uno al griterío promonstruo, aplaudiendo cada vez que un pedazo de materia cerebral atraviesa la pantalla.

Todos parecen entusiasmados, pero yo después de un rato comienzo a aburrirme de todo este revoltijo de sangre y tripa aplastadas. ¿Me estoy divirtiendo de verdad?

Sigo preguntándomelo durante todo el camino de regreso, en el autobús que me lleva a casa. Pero lo que más me pregunto, mirando en el cristal el reflejo de mi silueta bastante abundante, es si alguna vez lograré sacudirme toda esta gordura; en este momento es cuando maldigo la cantidad exagerada de palomitas de maíz que me tragué y, como siempre, decido que desde mañana me meto a dieta: de hecho, descubrí una milagrosa.

El único pequeño problema: mami. Pequeño entre comillas, visto que tiene un tamaño capaz de noquear cualquier peso. Y como para ella “dieta” es prácticamente una mala palabra, sigue llenándome de espaguetis. Que además se preparan rápido y cuestan poco. Pero eso último tiene que ver hasta cierto punto, porque, si es verdad que en mi casa, dinero no ha habido mucho, “para la niña” hay siempre un bocado mejor: abundante y preferiblemente frito.

Y así toda la familia continúa flotando y ondeándose: yo, mamá Rosa y papá Ciro, que si por desgracia cayera de los aleros de la construcción donde trabaja, seguro que rebotaría.

¿Pero qué estupidez estoy pensando? Sobre ciertas cosas no se juega. Y toco madera por si acaso.

¿Qué hora es? Maldición, mamá estará ya preocupada, con un ojo en el reloj y el otro en la ventana. ¿Ella?, ve peligros detrás de cada esquina. Incluso en casa, donde esquinas realmente hay pocas, porque todo se puede medir con cuatro pasos. Vivimos en una exconserjería con las ventanas a la altura de la calle, compuesta por tres habitaciones, una detrás de la otra —la última es la mía—, un baño minúsculo y con un espacio microscópico donde está acomodada la vieja máquina de coser en la que mami pedalea durante horas.

Quizás porque siente vergüenza de un apartamento tan miserable, mi madre nunca invita a nadie. Y tal vez por miedo a tener que devolver la visita, nunca me ha dado permiso para “ir a molestar a casa de los demás”.

Me recordaba constantemente “no dar confianza...” y todavía me acuerdo de los miles de domingos que yo pasaba sentada en las escaleras del portal, esperando que alguien, en cambio, me diera un poco de confianza a mí.

Ahora que he crecido y que me espera una pizca más de libertad, miro hacia atrás y me doy cuenta de que fui una niña terriblemente sola.

Menos mal que existían los libros —leía hasta las guías telefónicas—, el diario, las historias que me inventaba, los sueños con los ojos abiertos y la escuela. A la escuela siempre fui de buena gana, aunque delante de mis compañeros no lo admitiría nunca. Tampoco me disgusta

que mis profesores me llenen de tareas porque las hago rápido y bien.

La distancia entre la casa y la escuela —y viceversa— es uno de los pocos tramos que he logrado me dejen hacer sola, sin que mi mamá me pise los talones. Sí, porque mis padres continúan encima de mí como cuando tenía ocho años, convencidos de que en nuestro barrio “puede pasar de todo” y que una joven de su casa “sale solo con su madre”.

Y si no fuera por el horario de trabajo de mi mamá —limpia en un hotel—, quizás no lo hubiese logrado. Para ser justa, un poco de mérito lo tiene también don Claudio, que visita nuestra casa prácticamente desde siempre. Mami dice que como predica él, no lo sabe hacer ninguno. A mí también me encanta escucharlo. Cuando en la iglesia comienza a hablar de ovejas perdidas o de aquel chivo que mandan lejos, llenos de pecados, me dan ganas llorar. Será porque me gustan los animales o porque él es un sacerdote especial: no lleva puesta nunca la sotana y siempre me ha dicho que lo llame Claudio, nunca don Claudio. Tiene los ojos negros, la barba encaracolada con algunos filos grises, camina tirando las piernas hacia fuera, a un lado y al otro, y por otra parte tiene los pies tan grandes que los muchachos del oratorio lo llaman “Scarpantibus” —como el personaje de la comiquita italiana—. Entonces él finge ponerse bravo y va detrás de los más pequeñitos, en broma. Vivió una buena cantidad de años en el exterior, en algún país lejano y muy pobre,

y quizás sea por eso que se siente bien en un barrio con tantas necesidades como el nuestro.

Don Claudio ha levantado un oratorio, nada mal, y entrena al equipo de fútbol del barrio, incluido el equipo femenino en el cual, modestamente, juego yo también como portera de reserva. En el arco mi secreto es: pierna o pelota, antes de que una atacante tenga la mala idea de patearme una pelota alta, ya que en ese caso, teniendo en cuenta mi estatura y mi poca capacidad de saltar, sería irremediablemente *gol*. En cambio con las salidas a avalancha me las arreglo bastante bien. Alguna cosa logro agarrar: generalmente patadas y un poco de tierra, otras veces también la pelota.

Mami naturalmente no estaba de acuerdo, pero don Claudio le dijo:

—Déjela venir, Rosa. El deporte le hace bien a todos. Le hará bien también a nuestra Lilla, y si no flaquea la usaremos como pelota de reserva.

—Pero si está flaca como un clavo esta hija mía —replicó mami.

Al final cedió. Don Claudio logra siempre convencerla. Algunas veces, cuando mi mamá está triste, él la llama aparte y le habla bajito bajito, hasta que le levanta la moral.

Es un poco ansiosa mi madre y cada vez que me atraso son pleitos y sermones en napolitano.

De hecho, cuando se pone brava o cae en crisis, mi mamá regresa a sus orígenes, al tiempo en el que yo no existía y ella vivía en Nápoles, ciudad en la que nunca he

estado, ni siquiera de vacaciones. Por otra parte, tampoco tengo más a mis abuelos, y de otros parientes nunca he escuchado hablar. Ni tíos, ni sobrinos, nada de nada.

Me acomodo bien sobre el asiento que me he conquistado en el bus repleto e ignoro las miradas de un ama de casa que vive en las afueras, con un estilo tipo escapate, de aquellas acostumbradas a hacerse espacio dando barrigazos y codazos. Una convencida de que “nosotros los jóvenes” deberíamos darle el asiento a una exterminadora como ella. Lástima que esta no sea mi “semana de la bondad”.

Desde la ventana del autobús veo el cartel de una dulcería y me vienen en mente las tortas de tres pisos que mami prepara siempre “para mi fiesta”, como dice ella.

Faltan apenas menos de dos meses para mi cumpleaños –28 de marzo de 1999, lo he subrayado en rojo en el calendario–. Quién sabe si al menos una vez lograré hacer una fiesta como se debe, venciendo las oposiciones de mi madre y quizás pueda invitar al muchacho que en clases se sienta en la mesa que está a mi lado: ojos verdes, cabellos largos y piernas más largas todavía.

Algunas veces, a decir verdad, me ha dado la impresión de que me miraba desde abajo de sus cejas oscuras –también largas–, y que se ponía todo colorado cuando se daba cuenta de que yo también lo miraba. Pero quizás ha sido solo una fantasía mía. O quizás no. De todas formas no tendré nunca el coraje de enfrentarlo, al menos si antes no bajo una decena de kilos –o una veintena mejor–. Incluso ahora tengo la impresión de sorprender sus ojos

fijos sobre mí, pero es natural, porque de toda la clase somos los únicos que quedamos en el autobús.

Si no corriera el riesgo de provocar la peor entre las peores escenas familiares que haya visto en mi vida, rompería la alcancía y gastaría todo para cortarme el pelo, maquillarme a lo *punk*, como esa de allí, y me compraría las botas y la minifalda.

Para mami la moda comienza y termina con la saya por las rodillas, los chalequitos oscuros y los zapatos “cómodos”. Y la única vez que probé maquillarme tuve que usar los pinceles de acuarela, con resultados pocos satisfactorios.

Lanzo una mirada al peludo de mis sueños y esta vez acierto: atrapo la mirada de Ferreti, Nino, quince años, fanático de dos cantantes famosos: Manu Chao y Che Guevara —es decir, el primero es un cantante, el segundo creo que no—, de los cuales nunca he escuchado nada. Suéter blanco, ojos verdes y cachetes rosados: un bello tricolor de timidez.

Miro una vez más a la rubia con el mechón violeta. Tiene el cuello largo, es flaquísima y no obstante su cara de niña debe ser mucho más grande que yo, con esos ojos cercados de negro y su colorido blanco estrujado. Y justo en ese momento la veo tambalearse con el riesgo de caer desde su plataforma de un metro.

El libro que tiene en las manos cae a mis pies. Lo recojo y le doy mi puesto, total, falta poco para la última parada.

—Ey, ¿te sientes mal? —le pregunto.

Ella me hace una seña diciendo que no, hundiéndose en el puesto.

Algunos pasajeros la miran de reojo. Quizás piensan que está drogada, pero a mí me parece que esto es hambre. Y también para Nino, que se acerca y saca del bolsillo una barra de chocolate y se la pone delante a la rubia.

Se la traga en tres mordidas y dice:

—Gracias, ahora se me pasa.

Tiene un anillo en la nariz y otros cinco en cada oreja, en la muñeca, un tatuaje rojo y negro que dice: “Casas Ocupadas”. Un tatuaje de verdad, no como esos lavables que regalan algunas revistas para muchachos y que algunas veces me pego en el brazo, para después borrarlos antes de ir a dormir.

Si mamá lo descubriera, me ofrecería tremendo sermón. Y si ahora me viera hablando con esta, seguro que me daría una ración triple de sermones, todos los días durante una semana entera. Pero realmente no resisto la curiosidad, nunca había visto una *punk* así, tan cerca, y decido pegarme a hablar.

La primera cosa que hago es preguntarle cómo se llama y responde: “Bianca”, con el ánimo de quien no tiene ganas de hablar.

—Yo soy Scilla... y este es Nino.

—Ah —responde la rubia mirándome primero a mí y luego a él, que naturalmente se enrojece.

Después trata de alzarse porque llegamos a la última parada, pero otro mareo la obliga a sentarse.

—No se preocupen, ahora voy para la casa y se me pasa —repite.

—Sí, pero antes tienes que llegar a la casa —digo—. ¿Dónde vives?

—En las casas ocupadas de la calle Galilei.

Calle Galilei, sé más o menos dónde es, pero de casas ocupadas he oído hablar solo en la televisión.

Nino, más informado que yo, dice:

—¿Las casas de ladrillos rojos?

—Sí —responde la rubia—, ¿las conoces?

—Viven algunos de mis amigos del Centro Social.

—¿Tú también vas al Centro? —pregunta ella—. Nunca te he visto.

Sonríe y lo mira fijamente con dos ojos grandes como platillos, mientras él se encoge de hombros y se enrojece una vez más, así como para no variar.

Me viene un deseo de darle un pellizco a esa estúpida y hacerla bajar rodando de sus plataformas. Atenta, flacucha, o te dejo aquí mismo entre el monte y la carretera de circunvalación. Aunque si bien Ferretti, Nino no puede considerarse exactamente lo que sería mi novio, no quiero rubias demasiado flacas a su alrededor.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta todavía la rubia a Nino.

—Catorce, casi quince, ¿y tú?

—Veinte, apenas cumplidos.

—¿Cómo es una casa ocupada? —me meto.

Ella se encoge de hombros.

—Se vive juntos. Si quieres, ven a ver.

—Ojalá pudiera, es que tengo que regresar a mi casa, si no mi madre...

La muchacha se tambalea otra vez y Nino le dice:

—No te preocupes, te acompaño.

—Ah, no —digo yo, luego trato de remediar—. Quiero decir, quizás pueda ir yo también... llamaré por teléfono a mi mamá y le explico.

—Sí, y dile también que te traiga el tetero... bebé —dice la rubia con un filo de voz.

—No soy una bebé —protesto—. ¡Acabo de ver una película prohibida para menores de catorce!

—Vaya, una verdadera *dark*.

—Espérenme —digo, enfilándome hacia una cabina telefónica (el celular no lo tengo, por supuesto).

En cuanto explico la situación, el grito de mi mamá se siente a distancia:

—San Genaro bendito, pero ¿a quién pretendes acompañar? Si a la que hay que acompañar es a ti: tienes solo trece años. Y además, ¿quién es esta muchacha, no tiene una madre? Regresa enseguida a la casa.

Cuelgo rápido, tratando de recoger lo que queda de mi poca dignidad. La rubia, apoyada en la cabina, me mira y me da una palmadita en el hombro. Luego, nos dirigimos hacia las benditas casas ocupadas.

Por primera vez he decidido desobedecer.

2

En un espacio frente a las casas rojas, un grupo de hombres montan la carpa de un pequeño circo. Un olor a invierno y a suciedad me tupe las fosas nasales.

Las escaleras, llenas de *graffitis* y de frases escritas con letras con formas cúbicas, huelen a incienso, a gato y a piso mal lavado. El ascensor está roto y una lamparita emite una luz débil.

La muchacha saluda a dos tipos, ambos con una gran cresta de pelos, que están bajando con una poceta rota, y agarra una llave debajo del tapete.

Entramos en un apartamento mal iluminado, lleno de periódicos, zapatos y ropas amontonadas. Pero en la cocina todo está limpio, cazuelas y platos, pareciera que los acaban de lavar.

Luego, de improvviso, algo pasa rápido cerca de nuestros pies y en vano trata de esconderse detrás de un mueble. No creo lo que ven mis ojos: es una lagartija verde y grisácea que parece salida de una caverna prehistórica.

—Sin miedo. Es Squama, la iguana de Carlo —dice la rubia.

—¿La iguana? —repetimos a coro Nino y yo.

—Sí, Carlos es un animalista loco, va por ahí liberando animales maltratados: en los criaderos, en los laboratorios, en los zoológicos privados... Muchos animales exóticos los traen a Italia a escondidas, luego la gente se aburre de ellos y los bota, los abandona o los vende, sabe Dios a quién. Entonces él y sus amigos van y los liberan o si no van por ahí recogiendo a los “huerfanitos”, luego los traen aquí por un tiempo hasta encontrar un lugar seguro.

—Y... ¿hay otros?

—Antes teníamos una mofeta, pero después de algunos días se cayó del balcón. Ahora tenemos un pequeño dingo, dos visones y la iguana.

—¿Un dingo?, ¿uno de esos perros que se parecen a las hienas?

—Sí, hasta lo llevamos al Centro Social.

—Y ¿qué se hace en un Centro Social?

Siento enseguida la mirada de desesperación de Ferreti y quisiera haberme mordido la lengua.

—Conciertos, diferentes actividades, exposiciones, deportes, talleres de pintura, asambleas... si quieres después vamos. Es cerca. Podemos incluso comer allá, así le echo un poco de gasolina al estómago.

—Seguro que no te haría mal —digo—. Pero, ¿tú qué haces aquí, vives sola, no tienes padres?

—Cómo no, pero no estaban contentos de tenerme entre sus piernas, así que en cuanto pude, me fui a vivir por mi cuenta.

Abre la puerta del refrigerador en el cual reina solo un pedazo de cebolla enmohecida.

—Disculpen si no les ofrezco nada, pero la empresa de limpieza para la que trabajo aún no me ha pagado.

—Si tu estómago está tan vacío como tu nevera, entiendo que te sientas mal.

—Bah, a veces me olvido de comer.

—¡Quién fuera tú! A mí nunca me ha sucedido, se nota, ¿verdad?

—No, chica, tú no eres gorda, solo un poco redonda... Nino finge toser y me mira de reojo.

—Vamos, muévanse –nos dice Bianca señalando con la cabeza.

Volvemos a la sala y en cuanto abrimos la puerta para salir, una cosa peluda –que afortunadamente estaba atada a una robusta cadena– ruge y respira a dos centímetros de nuestras rodillas.

Nino y yo nos echamos para atrás de un brinco, acompañados de la carcajada de un muchacho vestido todo de negro, de pelo largo recogido en una cola, que tenía la cadena en una mano y en la otra una bolsa plástica.

Bianca permaneció donde estaba: quizás pensó que sus cuatro huesos no eran suficientes para satisfacer el apetito de ninguno, mucho menos del leopardo esquelético que teníamos delante. Estaba en tan mal estado que no podía hacer grandes daños, aunque sus ojos lanzaban miradas feroces.

—Hola –dijo el muchacho de negro–, yo estaba por entrar, pero ustedes abrieron primero.

—Este es Carlos, con una nueva sorpresa que... naturalmente... nos tocará alimentar –dice Bianca con un tono poco cordial.

—Hice un recorrido por las carnicerías, me han dado una buena cantidad de sobras.

—Mejor así, nosotros vamos al Centro. ¿Vienes?

—Le doy de comer al pequeño y voy.

Me muevo para dejar pasar a la fiera y observo a Carlos, que se dirige hacia la cocina. No está nada mal: hombros amplios, piernas derechas... se agacha para rascar al leopardo entre las orejas y sus largos cabellos ondean. Mientras, Nino me mira con una arruga de contrariedad en la frente. ¿Celos? No, no es posible.

—Entonces, cachorro, ¿cómo estás? –dice el muchacho de negro al leopardo que se lanzó sobre la carne devorándola a velocidad supersónica—. Ahora te dejo tranquilo por un rato, nos vemos dentro de un par de horas.

—¿Tienes algo de dinero? –le pregunta Bianca—. Así comemos en el Centro.

—Solo menudo, gasté casi todo en los animales...

—Está bien, significa entonces que nos quedaremos una hora más al final y damos una mano en la cocina.

—¿Por qué? –pregunto.

—En el Centro funciona así: si no tienes dinero, haces algo útil y a cambio puedes comer. Y te aseguro que vale la pena, la cocina es buenísima.

De solo escuchar la palabra “cocina” el estómago me recuerda que nos estamos acercando peligrosamente a la

hora de la cena. Si me demoro otro poco, en casa explotará una tragedia. Pero ahora no quiero pensar. Tengo tremenda curiosidad de visitar el Centro Social.

Nos enfilamos hacia los portales de las casas populares, entre tanques de basura superllenos, jeringuillas abandonadas en las esquinas y esqueletos de motos. Luego entramos en una especie de grandes almacenes, rodeados de un jardín. Una canción a todo volumen me da deseos de bailar. Repite siempre la misma cosa, pero es contagiosa. Nino mueve el pie y tararea.

—Buen ritmo, ¿quién es? —pregunto.

Nino me mira como si fuera la mujer de las cavernas.

—¿Cómo que quién es? Es Manu Chao.

—Pero claro, qué despistada soy —digo, fingiendo una sonrisa.

Mueve la cabeza lanzándome una mirada de misericordia. Regla número uno: antes de poner a funcionar la lengua, asegúrate de que el cerebro esté activado...

Carlos y Bianca saludan a otros muchachos que pintan sobre una gran ventana de cristal, y a un grupo que ríe y toca distraídamente la guitarra. Hay otras muchachas de mi edad, vestidas y maquilladas como me gustaría a mí. Sin conocerme me dicen: “Hola”.

Una de ellas se acerca a otra que lleva una minifalda y pelo largo, llamándola mami, lo que me deja paralizada. Existen madres también aquí, madres que parecen muchachas y que no invocan a San Genaro a cada paso que dan.

—¿Quieres visitar el Centro? —me pregunta Bianca.

Seguro, estoy aquí para eso, ¿no? Y la sigo, entre trabajadores de la construcción, computadoras, instrumentos musicales, banderas, fotos en blanco y negro de mujeres, niños y hombres con las caras oscuras y claras, caras de gente que trabaja bajo el sol o bajo tierra. Caras, caras, caras.

—¿Quiénes son estos? —pregunto.

—Personas fotografiadas por un tipo famoso y por otros menos conocidos. Gente pobre, de países diversos.

Me vienen a la mente los discursos de don Claudio, cuando cuenta sobre los países donde ha vivido y durante la prédica dice que en Italia somos ricos, y que por eso debemos ayudar a los inmigrantes.

—Pero —digo siguiendo la línea de mis pensamientos— también en mi casa somos pobres.

Luego alzo los ojos hacia Nino, que parece desaprobarme mi criterio en silencio.

Solo el bullicio que proviene de la entrada del Centro me impide empantanarme en una discusión. Voces, gritos, luces que parpadean, hombres en uniforme, muchachos que gritan.

—¡Maldición, otra vez! —susurra Bianca—. ¿Pero por qué no quieren comprender que aquí la heroína no circula? A lo sumo encontrarán una foto de María... Juana.

Luego da un salto y corre hacia la salida trasera. Nosotros la seguimos. ¡Error! Ni queriendo hacerlo adrede nos hubiésemos encontramos tan en medio de una trifulca.

—¡Quietos, policía! —nos gritan unos hombres con chaquetas de cuero y pistolas.

—¿Qué quieren?, ¡aquí no pueden entrar! —gritan los muchachos del Centro, también ellos con chaquetas de cuero, pero sin pistolas.

—¡Podemos, sí que podemos...! —replican los policías.

Y luego de un cuarto de hora de tira y encoge y confusión, secuestran un viejo furgón destartado y un alto-parlante, cargan a todos los que logran agarrar, incluida yo que estaba arrinconada contra el muro, con la esperanza de que este me tragara, y nos llevan a la comisaría.

Al pensar en mi mamá que, gritando y llorando, me irá a buscar a la comisaría, me doy cuenta de que falta poco para que estalle en sollozos.

Busco a Nino con la mirada y lo encuentro distante, metido en su celular.

Y en ese momento comienzo a sentir frío y me suenan hasta los dientes.

—Ey, tranquila —dice alguien a mi lado. Es Bianca, pálida como la harina.

—No tengas miedo, vas a ver que nos sueltan enseguida, no hemos hecho nada. No te preocupes, yo estoy aquí.

¡Pero si tiene más miedo ella que yo! Toda la culpa es suya si me encuentro en este rollo. Maldito el momento en el que la encontré. Comer, eso era lo que ella tendría que hacer en vez de ir por ahí desmayándose en los autobuses.

Al final del viaje nos espera un banco dentro de la habitación maloliente con una puerta con rejas que, al parecer, se llama “cámara de seguridad” —es Bianca quien me da esta información, tal vez ella tiene práctica en estas cosas—. Después de diez minutos nos llevan a las dos a otra oficina donde tenemos que dar nombre, apellido, dirección y otros datos a dos policías de aspecto aburrido: un hombre de mediana edad y una mujer sobre los treinta, de pelo largo recogido, y dos pequeños pendientes de oro en las orejas. ¡Mira para eso! Una policía con aretes. Otra policía, jovencita, de pelo largo y cara simpática, entra en la habitación y mueve la cabeza con una sonrisa. Luego coge una carpeta marrón y se va. ¡Oye! No me dejes aquí con estos dos, pienso...

Como soy menor de edad me preguntan también los nombres de mami y papi, y cuando digo el de mi madre, el policía hombre alza la cabeza y me mira con un aire extraño, como si hubiese visto un fantasma. Luego se para, va a la otra habitación y a través de la puerta abierta lo veo sentarse delante de una vieja computadora, y veo cómo con furia golpea sobre las teclas.

La mujer, por su parte, nos hace un par de preguntas, a las que Bianca responde diciendo no, energicamente, con la cabeza.

Yo no abro la boca porque me suenan las orejas e imprevisiblemente siento que estoy sorda, solo oigo un sonido que viene directamente desde mi cerebro y que se parece al de una cascada. De todo lo que se dice en la habitación logro

escuchar solamente algunas medias palabras sin sentido: “... qué cosa haci... cómo... nooooo”.

Estoy aterrorizada y sigo pensando en lo que sucederá cuando avisen a mis padres. Finalmente el policía regresa y señalándome, dice:

—A esta déjala tranquila, es menor de edad, hay que llamar a la familia para que la vengan a recoger.

¿Cómo es que ahora sí escucho de nuevo? Escucho tan bien que, cuando él susurra algunas cosas a la policía mujer, logro recoger pedazos enteros de frases.

“... estoy seguro, te digo... Sí, seguramente... Y luego la semejanza es impresionante... Estaba yo también ahí cuando... Te digo, es la hija... no sabías que...”.

El resto se pierde en la oreja adornada por un pequeño pendiente de oro, mientras la policía abre los ojos y lanza, casi sin pensar:

—Comenzamos bien, ¿eh, muchachita? ¡No querrás convertirte en una terrorista como tu madre!

Pero, ¿se ha vuelto loca? ¿Está hablando justo conmigo? Observo con la boca abierta a la mujer con uniforme, mientras el policía le da un codazo y le hace una seña para que se calle.

Luego siento una rabia que me sube desde adentro. ¿Pero cómo se permiten estos? Mi mamá será la campeona de los sermones en napolitano, pero llamarla terrorista me parece realmente demasiado. ¿Esta qué se está inventando? Tiene que haberse equivocado de persona.

—Dale, llama a su casa, que se la vengan a llevar —le dice el policía, ajustándose la gorra en la cabeza.

Para mí es demasiado. Comienzo a lloriquear como una niña de dos años y les suplico a los dos que no llamen por teléfono a mis padres. Les propongo una alternativa entre sollozos: si alguien obligatoriamente tiene que venir a recogerme, es mejor llamar a don Claudio.

Los policías hablan entre ellos, luego la muchacha suspira y... acepta.

—Eh... ¿y mi amiga? —pregunto con un hilo de voz, señalando a Bianca.

—Cuando haya firmado el acta. Fuera ella también —responde la policía, con tono aburrido mientras levanta el teléfono.

3

—*Deo gratias*—dice en cuanto me ve—, tenía miedo de que hubiese habido un incidente.

—Hubo un incidente, Reverendo —interviene la policía—. La muchachita estaba en el Centro Social, la cogimos durante un control, justo en el centro de una pelea. ¿No sería mejor que estuviese en su casa haciendo las tareas, en vez de meterse con ciertos sujetos buenos para nada? Pero tarde o temprano los agarraremos, ¿sabe? Tarde o temprano los cogemos con las manos en la masa.

—Pero ¿qué dice?, esos muchachos no hacen nada malo...

—dice don Claudio, con tono conciliador.

—¿Nada malo, eh? ¡Eso está por demostrarse! Mientras tanto llévese a esta y explíqueme cómo debe comportarse.

La policía empuja la silla y se levanta, indicándonos la puerta. Su colega nos hace firmar un documento a mí y otro a Bianca, luego nos acompaña hasta la salida.

El frío de la noche me parece maravilloso, aunque casi inmediatamente me comienzan a temblar los dientes de nuevo.

—Anda, cálmate, que lo logramos —me dice Bianca acariciándome el hombro.

—¿Y entonces? —truenan don Claudio—, ¿me quieren decir qué fue lo que sucedió?

—Toda la culpa es suya que no come y luego va en autobús; no-no me diga que la podíamos dejar allí —balbuceo—, así que la acompañamos a su casa y luego-luego al centro so-social, do-donde llegó la policía —concluyo, siempre con los dientes castañeteando.

—Bah, ¿por qué te impresionas tanto? Alguien como tú que tiene una madre terrorista debería tener experiencia en comisarías —ríe Bianca, empujándome con el codo...

—¿Qué cosa has dicho? —don Claudio giró brusca-mente hacia ella.

—No lo he dicho yo, ha sido la policía —precisa Bianca, y luego intenta averiguar—. La madre de esta muchachita ¿es realmente...?

Don Claudio se apresura a responder: —Pero ¡qué clase de estupideces...! Su madre no hace política, no quiere ni siquiera sentir hablar de política, como su padre... son dos espléndidas personas.

Pero, ¿por qué se ha puesto así, pálido, de repente? ¿Sabrá algo que yo no sepa? Porque los curas, como los policías, siempre saben todo.

—¿Los terroristas no son esos que ponen bombas y matan a la gente? —pregunto.

El padre Claudio asiente con la cabeza, y a pesar de todo lo sucedido me río con ganas. Trato de imaginarme

a mami Rosa mientras mete una bomba en alguna parte, pero realmente no logro imaginármela. Con esa cara de buena, y los kilos que tiene de más que hacen que le falte el aire cuando sube, uno detrás de otro, tres escalones. Si no la conociera... vaya, pero sé que no sería capaz de hacerle mal ni a una cucaracha que osara colarse en su immaculada cocina.

—Mira que no hay nada de qué reírse —me dice don Claudio—. El terrorismo ha existido... tú quizás eres muy joven para saberlo, pero en este país hubo años oscuros. Fascistas y miembros del servicio secreto que ponían bombas provocando explosiones desastrosas... ¿Nunca has escuchado hablar de lo que sucedió en Plaza Fontana en Milán, en Plaza de la Loggia en Brescia o en la Estación de Bolonia? Y de la otra parte estaban los brigadistas que disparaban, convencidos de poder cambiar el mundo. ¿Nunca escuchaste hablar del secuestro de Moro, por ejemplo? ¿No lees los periódicos?

—Está bien —lo interrumpo—, de Plaza Fontana y de todo lo demás nunca oí hablar, y no quiero hacer el papel de una ignorante. En cuanto a los periódicos, no es que no los lea, es que en mi casa ni los compramos. Pero yo sí he visto un brigadista, la otra noche, en el noticiero. Uno que acababa de salir de la prisión. Dijeron que había estado preso por más de treinta años. Y mi mamá enseguida apagó el televisor, así que imagínese cuánto le gustan esas cosas...

De hecho, ahora que pienso, a ella y a papi no los escucho nunca hablar, no digo de terrorismo, ni siquiera

de política, ni tan siquiera un chiste o comentario, como hacen todos en el autobús o en el bar. Además, me parece que ni siquiera votan.

—Ah, sí... —interviene Bianca—, esos brigadistas están dentro desde que tenían menos de mi edad... en el Centro Social hemos hecho conciertos por la Amnistía. ¿Usted ha ido alguna vez a visitar a los prisioneros, ¿don...?, ¿cómo es que usted se llama?

Don Claudio no responde y continúa caminando, mirándose la punta de los pies, como si fueran a saltar fuera de los zapatos de un momento a otro. Es realmente un cura extraño.

Una vez fui a la casa parroquial, donde él recibe a todos a cualquier hora, y me puse a observarlo, escondida, desde una rendija de la puerta —soy muy buena espiondo a los demás, leyendo los labios. Ya sé, no es algo lindo, pero algunas veces es el único modo que hay para enterarse de las cosas, y yo tengo una especie de alergia a los secretos, quizás porque siempre los he sentido a mi alrededor como... como malas hierbas. Mami, santa mujer, es del tipo que hace muchas preguntas, pero respuestas da poquísimas—. Don Claudio estaba abriendo el correo y se encontró con un sobre amarillo entre las manos. Enseguida lo soltó y se puso las manos en la cabeza, como si tuviese miedo de abrirlo. Luego se decidió y sacó una libretica, la ojeó con rapidez, leyó algo en la primera página y permaneció allí, como si no tuviera fuerza para continuar. Al final sacó del bolsillo un pañuelo blanco y se sonó la nariz.

Finalmente me decidí y toqué la puerta, y en cuanto me vio, metió rápidamente el libro en la gaveta y me sonrió.

Ya lo he dicho, tienen un tipo curioso. DEMASIADO curioso, para decir mejor. Así que, en cuanto don Claudio fue llamado al jardín por una pequeña riña entre los niños y me rogó que lo esperara un momento, no resistí la tentación de husmear en la gaveta, aunque mami me ha repetido siempre que “no se registran las cosas de los demás” –a excepción de ella, que en mis cosas registra, y de qué manera.

Con rapidez examiné el libro. Se titulaba *Mi palabra es no* y había sido escrito por un autor sueco con un nombre extraño, una cosa así como Lagerkvist.

En la primera página, una breve frase... escrita con una caligrafía irregular:

¡Conciliación! ¿Tendremos que conciliarnos con los muros de la prisión porque afuera todo es verde, porque el aire perfuma de flores? Mi palabra es no.

*A Claudio
Vera*

¿Quién era esa Vera? Y ¿qué significaba la frase que había escrito? Seguro que era harina de otro costal, porque en realidad no había hecho otra cosa que reescribir el inicio de aquel libro, en apariencia poco alegre. A mí me gustan las historias tristes, y como quería entender

mejor todo esto, pensé buscarlo en la biblioteca para sacarlo en préstamo, pero al final se me olvidó.

Ahora la frase de Bianca: “Están dentro desde hace muchísimos años...”, me hizo traer a la mente, de improviso, el libro y aquel nombre: Vera, y la curiosidad volvió a picarme. Pero no puedo pedirle explicaciones a don Claudio, tendría que admitir que había revisado sus cosas.

Don Scarpantibus me dijo que había telefonado a mami para tranquilizarla, diciéndole que yo lo había llamado para que me viniera a recoger, pero sin darle otras explicaciones. Y ahora me toca inventar alguna justificación creíble, porque de la comisaría no pienso hablarle.

—Pudiera decir que acompañé a Bianca al hospital...
—reflexiono en voz alta.

—Exagerada... pero si estoy de lo más bien... —protesta Bianca.

—Sabes que no soporto a los mentirosos —dice don Claudio—, pero por esta vez fingiré no escuchar. Y si me he convertido en sordo de improviso es solo para no ocasionarle más disgustos y preocupaciones a tu madre, que ya tiene tantos.

Casi hemos llegado a mi casa y Bianca se despide antes de dirigirse a las casas ocupadas.

En aquel momento, una vieja Polo con los faros torcidos se detiene en el semáforo en rojo, a dos pasos de nosotros. Dentro, entre una rubia que le grita desde el asiento trasero y un señor bigotudo que cada tres segundos suelta el volante para alzar las manos al cielo,

está Nino, sumergido en el asiento al lado del chofer, con la cabeza hundida entre los hombros y el flequillo sobre los ojos.

Dentro de poco me tocará a mí, pienso.

Y de hecho, en cuanto pongo los pies en casa, encuentro a mi mamá que me espera en la puerta con las manos en la cintura, y detrás de ella a papi, con la cara oscura.

Durante toda mi vida he recibido regaños continuamente, pero ahora siento realmente con temor que está por suceder una hecatombe. Pero me salvo con una gritería de primer nivel en napolitano estrecho y la amenaza de encerrarme en casa bajo llave.

Tengo que decir que don Claudio puso todo el empeño en tratar de arreglar las cosas, y en algún modo trató de endulzar a mis padres. Y menos mal, porque si me encerraran en casa seriamente, me tocaría renunciar al torneo de fútbol femenino, que comienza dentro de pocos días.

Es tardísimo, pero no logro dormir y doy vueltas en la cama, pensando en que, para hacer las paces con mami, le hice mucho honor a su cena. Tengo miedo de que mañana el peso de la farmacia no me dé buenas noticias.

Y no obstante, aún tengo hambre, o no, no es realmente hambre: solo el deseo de darme un salto a la cocina para ver si sobró un pedazo de dulce.

Decido levantarme y en cambio me duermo, soñando conque el refrigerador está ahí, delante de mí, pero que no se deja agarrar, se aleja cada vez más, se transforma en una puerta blanca en el fondo de un largo pasillo oscuro...

¡Estoy atrapada! ¿Y qué son estas gotas de agua que me caen sobre la cara, lentas e irregulares?

Alzo los ojos y me doy cuenta de que debo haberme encogido bastante, o si no es que frente a mí hay un gigante desconsolado: un gigante femenino, una muchacha con cabellos largos que llora desconsoladamente y se inclina para llenarme el rostro de besos desesperados. Me toca con manos que saben a leche y mermelada, y llora, llora...

Sé que es mi madre, pero no se parece en nada a mami, es tan flaca.

He tenido miles de veces este sueño, siento los ruidos de puertas de hierro tiradas con fuerza, de llaves que giran en las cerraduras. Luego un grito, cuando alguien me toma en brazos para alejarme de allí.

Me despierto sobresaltada, pero no corro a la habitación de mis padres para meterme en su cama como hacía cuando era pequeña y la pesadilla me llenaba de un terror insoportable: el que un desconocido, de repente y sin explicaciones, me aleje.

Permanezco sentada en la cama, un rato... y me doy cuenta de que la manera de despertarme no debe haber sido nada silenciosa. Quizás hasta grité, porque mami, envuelta en su camión de florecitas, entra a mi cuarto, enciende la pequeña luz sobre la cómoda y me pregunta si quiero un vaso de agua. Está acostumbrada a mis pesadillas, que tienen también su lado bueno porque cada vez que me despierto la encuentro allí, lista para acariciarme la frente como lo está haciendo ahora.

Me soplo la nariz —no me había dado cuenta de que había derramado algunas lagrimuchas durante el sueño— y le digo:

—¿Sabes una cosa? Me gustaría cortarme el pelo corto, como se usa ahora.

—El pelo largo siempre está de moda —me replica—. Ahora duerme.

Y en cuanto me meto en la cama, me arropa con ternura.

Mientras la miro regresar a su habitación me viene de nuevo a la mente la historia de la terrorista, y se me escapa una risita silenciosa.

Pero pienso en los dos policías de la comisaría: el que me mira como si hubiese visto un espectro y luego va a verificar, vaya a saber qué cosa, en la computadora y ella que deja escapar esa broma incomprensible.

Un policía no se lanza así, si no hay abajo algo. Además los policías, como los curas, siempre saben todo.

Ya he dicho que no soporto los secretos, me dan urticaria, por eso solo me queda hacer una cosa: faltarme a la escuela y ponerme a seguirle el rastro a mami, que mañana tiene su día libre. Por algo tengo que empezar, si quiero aclarar esta cuestión.

—Lilla, ¿no fuiste hoy a la escuela?

La señora Pina, del edificio de enfrente, trata de iniciar una larga conversación justo cuando mami dobla la esquina con la bolsa de las compras, y por poco echa a perder mi plan de persecución.

Murmuro que hoy en la escuela van a fumigar y dejo plantada así a la señora y a su viejo perro, para lanzarme tras los pasos de mi madre, ansiosa de no perderle la pista.

Y ahí está mamá Rosa, que continúa con su paso de gallina ponedora, con la cabeza baja, la bolsa que parece pesada aunque debería estar vacía y ligera. ¿Qué habrá dentro?

Primera etapa: el negocito-mercadito del vino y el aceite. Me escondo detrás del contenedor de la basura, esperando sobrevivir al mal olor.

Mamá saca de la bolsa algo que parece un botellón vacío y el viejito del negocio lo coge, luego se mete en la parte interna de la bodega y regresa con dos... completamente diferentes del vacío que se había llevado. Aunque un poco extraño, no me parece un indicio de algo.

Ahí está de nuevo en la calle. En una esquina de la carnicería, sentado en el piso, está el mendigo de siempre. Un viejo con un bastón que en cuanto ve pasar a mamá le extiende la mano. Ella se detiene, pero no mete la mano en el monedero, no, sino que saca... un recipiente... y se lo da junto con una envoltura pequeña.

Extraño esto también. Le doy un poco de ventaja y voy a controlar.

En cuanto el viejo me ve, extiende la mano, pero como permanezco ahí, plantada, se acomoda mejor en el piso dedicándose solo al recipiente.

Así descubro que la envoltura era simplemente una servilleta de papel con un tenedor plástico dentro, y que en el recipiente hay una buena porción de la fantástica *melanzane a la parmigiana* que había sobrado ayer por la noche.

¡Es buena mamá!

Mientras el viejo devora la especialidad de mi madre, yo me apresuro a seguirla y la encuentro en el mercado, cerca de un estand lleno de frutas, trata de escoger las manzanas y de lograr un descuento, como siempre, en el precio. Hace lo mismo con las verduras, se detiene a hablar con la señora que vende los huevos y al final pasa por la tintorería y sale con un paquete.

Tercera cosa extraña: en casa, para ahorrar, se lava todo allí. ¿Qué cosa habrá buscado? Y luego llega la cuarta cosa extraña, la única realmente RARA: mamá toca el timbre del edificio de al lado, desaparece a través de la puerta principal de entrada y reaparece después de una veintena de minutos, siempre con su bolso, pero sin el paquete de la tintorería.

Misterio, misterio. No conocemos a nadie que viva en ese edificio...

Finalmente, sujetando a duras penas la bolsa repleta, mi madre se dirige hacia la parroquia. Atraviesa el descampado donde pelean dos gatos esqueléticos, salta los tres peldaños que llevan a la senda tras el campo deportivo, pasa los vestuarios, la sala de juegos y el estacionamiento, y va derecho a la parroquia.

¿Quiere hablar con don Claudio de lo que hice la noche anterior? Para verificarlo no tengo otra cosa que hacer que espiar, como siempre, desde la puerta entreabierta.

Ella y Scarpantibus se saludan. Mamá se sienta soltando un suspiro de alivio —¡los pies hinchados!, se lamenta siempre— y luego don Claudio saca un sobre amarillo de la gaveta. No es el mismo de la otra vez porque se ve que está cerrado. Lo abre y saca otro sobre amarillo, solo que un poco más pequeño.

Se lo extiende a mamá que lo toma y lo tiene entre las manos con cuidado, como si quemara. Y cuando lo guarda en su bolsa hace una especie de mueca, como si estuviera por llorar. Mientras don Claudio le habla bajito

bajito, ella se pasa una mano por la cara y se encoge de hombros.

¡Maldición, el misterio se profundiza!

¡Un sobre dentro de otro sobre idéntico! ¿Y qué cosa habrá dentro? ¿El remitente será esa Vera que no sé quién es? ¿Y por qué mamá tiene ese aire triste y abatido? Está claro que en esta cuestión está involucrado don Claudio, visto que los sobres amarillos les llegan a él.

Basta, tengo que continuar con mis investigaciones. Pero por el momento es mejor que corra a casa y me meta de una vez debajo de las sábanas.

Cuando mamá regresa, exactamente media hora después, me encuentra en la cama. Le digo que me sentí mal en el autobús y que decidí no ir a la escuela: tengo mareo, migraña, me duele aquí y también allá.

Naturalmente, en tres segundos comienza a preocuparse, hablando en napolitano, y tengo que hacer una gran esfuerzo para convencerla de que no es necesario llamar al médico, que es solo un poco de indigestión y que se me pasará rápido, de hecho ya está pasando, tanto que me siento en condiciones de levantarme y darle una mano.

Con el pretexto de ayudarla a organizar las compras controlo el contenido de la bolsa. Todo en orden: dos botellas de aceite, fruta, huevo y queso. Pero del sobre amarillo ni la huella. Y todavía no sé por qué entró a la tintorería y luego a aquel edificio donde no conocemos a nadie.

—¿Qué hiciste esta mañana? —pregunto, con aire inocente.

—Las compras, ¿no lo ves? Luego pasé a la iglesia, cuando trabajo no tengo nunca tiempo para ir. Ah, le hice también un favor a la madre de una colega, que vive cerca de aquí.

—¿Qué favor?

—¿Pero, qué te importa?... Le recogí una chaqueta en la tintorería y luego se la lleve a su casa. Es una anciana y pasa trabajo para moverse. Fue muy gentil, hasta me ofreció un café.

La observo: alguien que distribuye *parmigiana* a los mendigos y ayuda a las viejitas no puede ser una terrorista. No, la muchacha policía quería solo ponerme nerviosa o quizás trataba de provocarme.

Pero de tanto buscar, un pequeño misterio salió a flote. La cuestión del sobre amarillo sigue dándome qué pensar y, lo repito por milésima vez, la curiosidad es mi punto débil —o quizás fuerte.

Decido no bajar la guardia, por eso finjo ir a mi habitación pero permanezco detrás de la puerta a espiar por una rendija del ancho de un dedo, que papá nunca ha tenido tiempo de tapar y hacerla desaparecer debajo de una mano de barniz.

Mamá mira a su alrededor como para asegurarse de estar realmente sola, luego saca una llave que tiene en un compartimento especial de la bolsa, e inclinándose, porque la puertecita del depósito es muy pequeña, baja dos escalones para meterse en lo que para mí siempre ha

sido el cuarto del tesoro. Una especie de amplio sótano iluminado solo por un filo de luz empolvado que se filtra desde una apertura, mucho más similar a una hendidura que a una ventanita.

En un tiempo, antes de que cada inquilino pusiera la calefacción individual, este tenía que ser el cuarto de calderas. Nosotros la usamos para depositar todo lo que no sirve, pero que no se tiene el valor de botar. Durante un tiempo papá consideró la idea de transformarlo en cocina, pero es muy oscuro y poco ventilado.

A mí nunca me dieron permiso para entrar, porque según mamá, hay ratones. Máximo puedo asomarme desde la puerta para agarrar algo que esté al alcance de la mano, eso sí, siempre que mi madre esté en casa, porque solo ella tiene la llave para abrir la cueva de Aladino, y se ocupa mucho de no dejarla regada.

La veo desaparecer en su interior, el sobre amarillo en la mano, y cuando regresa ya no lo tiene.

Mientras cierra la puertecita corro a meterme en la cama, pensando en el modo de apoderarme de la llave.

Pero claro, es fácil. Solo tengo que cogerla de la bolsa mientras mis padres duermen. La pongo en su lugar en la primera oportunidad, y además es poco probable que mamá se dé cuenta de que no está en su lugar, porque la utiliza muy poco. Y además, para ciertas cosas es distraída, por lo que pudiera incluso creer que la perdió, ¿no?

El único problema es que me toca esperar hasta esta noche, llena de impaciencia. Por suerte mis padres tienen que levantarse temprano para ir a trabajar, así que a las

diez y media en punto apagan el televisor y todos a dormir.

Al final encuentro el modo de pasar la tarde: después del almuerzo voy derechito a la cama y trato de dormir. No me siento bien, ¿verdad? Por lo tanto, es normal que me eche un buen sueño restaurador, interrumpido a cada rato por el ingreso de mamá y de su mano que me roza la frente.

Dormir la siesta ahora significa poder estar bien despierta esta noche, ya que lo necesitaré. Y, de hecho, alrededor de la medianoche estoy despiertísima, lista para encontrarme en la sala con la anhelada bolsa, colgada cerca de la puerta.

Atravieso en puntas de pie la habitación de mis padres que duermen profundamente, luego me deslizo a la cocina... Un momento, ¿qué estoy haciendo? ¡Registrar las cosas de los demás! ¡Traicionar la confianza de mamá! Peor, ¡ROBAR de la jaba de mamá!

Pero la curiosidad es más fuerte que los escrúpulos y cuando regreso a la cama, apretado en mi puño, tengo mi botín. ¡Misión cumplida!

5

El día después, igual que el anterior, me quejo por el mareo y la migraña que, afirmo, aún no han pasado y que, aunque lo lamente –aclaro–, no puedo en ese estado ir a la escuela.

—Será toda esta gripe que está en el ambiente –dice mamá, preocupada, dejándome sobre la comodita el jugo de naranja recién exprimido, la aspirina y el número de teléfono del hotel, por si acaso necesitase localizarla o tuviese alguna urgencia, y se va, no sin antes darme miles de recomendaciones.

Papá hace rato que se fue, mucho antes de que amaneciera.

Es un buen hombre mi padre: “Un hombre de oro –dice mamá– al cual todos respetan porque sabe hacer bien su trabajo”. Pero parece exhausto, ganado por un cansancio que ningún descanso pareciese poder curar. Sale al alba, regresa cuando ya es de noche, se desviste, se asea, se sienta a la mesa, en silencio, siempre en silencio, no sé si por carácter o porque mamá habla siempre y no lo deja decir ni una palabra.

Nunca me había puesto a pensar, y quién sabe por qué me viene a la mente en este momento, mientras disfruto de un último instante del calor de la cama: en el fondo conozco realmente poco a este papá Ciro que no cuenta

nada, no explica, no dice, no interviene, se concentra solo en lo que hace, mientras piensa y decide mamá y él la mira con adoración, como si fuera la virgen de Pompei.

Tampoco en esto había pensado nunca, pero es claro que mis padres, mis gruesos y ansiosos padres, se quieren mucho: a pesar del poco dinero y los muchos años difíciles, y de que sean más viejos que todos los demás padres de mis compañeros de escuela (“es porque te tuvimos tarde, tesoro mío” –me dice mamá).

En fin, basta, me he arriesgado tanto para apoderarme de la llave, y ahora estoy aquí dando vueltas y no me decido a usarla. La saco –la guardé debajo de la almohada durante toda la noche–, me levanto, me pongo las pantuflas y voy de nuevo hacia el depósito.

Un giro de la llave y la puerta se abre sobre una oscuridad que al inicio parece impenetrable y, por un instante, me bloquea pero luego se transforma en penumbra gracias a la débil luz que entra por la rejilla gris, allá en el fondo.

Al primer paso tropiezo con un recipiente de plástico vacío, de inmediato mi mano encuentra una telaraña, ¡qué asco! Me apresuro a limpiarme restregando los dedos en los pantalones de la pijama, un cofre choca con mi codo y mi pie se sumerge en algo blando, que emite una especie de chillido.

Doy un salto atrás y me doy cuenta, con alivio, que pisé un viejo juguete de goma, de aquellos que cuando los aplastas hacen *squik squik*. Lo recojo: es un pescadito rojo despintado, con la barriga redonda y los ojos grandes que, probablemente, me pertenecía, aunque realmente

no lo recuerdo. De mis primeros años me ha quedado en la memoria solo algunas imágenes... y aquel sueño, el sueño en el que me llevan.

Miro a mi alrededor, pero de sobres amarillos ni la sombra: cajas de lata, una caja de música adornada con una bailarina con los brazos rotos, un carrito de hacer las compras, pomos de pintura y algunos pinceles momificados. Pero allá en el fondo veo un viejo baúl, una especie de sarcófago con la tapa reforzada con cintillas de metal.

Me acerco e intento abrirlo, sin muchas esperanzas. Pero no está cerrado, y apenas empujo la tapa, ¡sorpresa!, descubro un mar de sobres amarillos abandonados en el fondo, iguales a aquel, el que mamá había recibido de don Claudio, y todos aún cerrados.

Me inclino a coger uno del montón, el corazón me late fuerte, y tengo justo el tiempo de examinar el sobre para constatar que afuera no tiene nada escrito, cuando un enérgico timbrazo me hace saltar.

El sobre se me cae y, mientras lo recojo, oigo la voz de mamá que grita: “Lilla, ábreme, por favor. No me hagas buscar la llave, estoy cargada de paquetes”.

Maldición, no podía escoger un peor momento para regresar. ¿Cómo es posible, así tan rápido? Habrá salido hace menos de una hora y, generalmente, su turno de trabajo termina alrededor de las dos.

Con el sobre aún en la mano, bajo la tapa y me precipito fuera del depósito, tratando de no hacer ruido, cierro la puertecita con llave, de inmediato corro a meterme debajo de las sábanas y grito: “¡No puedo levantarme,

estoy mal!”, al mismo tiempo que mamá hace girar la llave en la cerradura e irrumpe en mi habitación, casi cien kilos de ansiedad en estado puro.

—¡Qué sucede, cosita mía?, ¿quieres que llamemos al doctor?

—Me duele mucho la barriga... pero no hay necesidad de llamar al doctor... no te preocupes...

—¡Claro que me preocupo! Ahora te preparo un buen té de manzanilla y nos lo tomamos juntas. Tuve que regresar a la casa porque yo tampoco me siento para nada bien. ¡Se nota que me has pegado tu gripe!

Enfila hacia la cocina y la siento llenar de agua un recipiente con agua para hervir y luego encender las hornillas. Aunque sé que no es prudente, abro el sobre debajo de las sábanas y saco algo que parece un papelito... un único y mísero papelito.

Con las orejas paradas para captar cualquier mínimo ruido, me doy vuelta hacia la pared y coloco la hoja a la altura de los ojos, y descubro, en unas líneas trazadas por una escritura irregular, ¡una poesía!

*Descubres la lengua de fósiles
sonidos de exilio
niña de riscos
sacas la tierra dura
sacas ternura
velos y lamas
temes el soplo de carroña
que vigila la puerta*

*tus páginas quita
descubres la lengua de fósiles
sonidos de exilio
niña de riscos
sacas cizaña al alma
tomas un respiro
y sabrás del mar.¹*

Leo la firma: “Vera”. ¿Otra vez ella? La misma que ha dedicado el libro a don Scarpantibus. Justo en el medio del papel se ve un escrito azul hecho con un sello: CENSURA.

¿Por qué la poesía de una extraña termina en nuestra casa? Y ¿qué cosa quieren decir estos versos? Estoy por volver a leerla cuando un lamento y un estruendo me obligan a esconder todo debajo de la almohada.

Corro a la cocina, donde encuentro a mamá tirada en el piso, cerca de la mesa, los ojos cerrados y una palidez que me hace gritar del miedo. Mientras me inclino sobre ella aterrorizada, la veo abrir los ojos con gran esfuerzo. Me susurra:

—No es nada, tesoro mío... solo un mareo, pasará enseguida.

—¿Cómo que no es nada? ¡Voy a llamar ya al médico!

¹ *Scopri la lingua dei fossili/ i suoni d'esilio/ bambina di scogli/ toglì la terra dura/ toglì con cura/ veli e fanghiglia/ temi il fiato di carogna/ che sorveglia la soglia/ le tue pagine sfoglia/ scopri la lingua dei fossili/ i suoni d'esilio/ bambina di scogli/ toglì gramigna al cuore/ cogline il respiro/ poi saprai del mare.*

—No, no, ahora me recuesto un poco y se me pasa todo.

—¡Más recostada de lo que estás! —respondo y la ayudo, con esfuerzo, a levantarse, agradeciendo mentalmente a don Claudio por haber insistido tanto sobre la importancia de los ejercicios físicos para desarrollar los músculos—. Juntas caminamos hacia su habitación, mientras la sensación de culpa se transformaba en un nudo que me apretaba la garganta y mis ojos se llenaban de lágrimas.

Pienso en lo mal que se sentiría mamá al llegar y sin embargo la preocupación fue para mi manzanilla, para mi salud, para mí que he fingido dolores de todo tipo con el único objetivo de engañarla, que le he robado la llave de la cartera, que la he espiado como si realmente creyera en las palabras de aquella odiosa policía...

Cuando la veo así tan pálida, con el cabello recogido en un moño que le levanta ligeramente la cabeza sobre la almohada, por poco me echo a llorar. No sabría qué hacer si algo malo le sucediese.

—¿Tú no me dejarás nunca, verdad, mamá? Pero, ¿nunca nunca? —le digo de repente.

—¿Qué cosas dices? Si San Genaro me hace la gracia, ¡tengo todavía cien años para vivir! —dice, con un filo de voz.

Pero se ve que San Genaro en este momento está mirando a otra parte porque mamá comienza a jadear, cierra los ojos y se pone cada vez más blanca.

Con los oídos que me silban y el corazón que me late a tres mil por minuto me precipito al teléfono para llamar al doctor.

El médico, un flacucho bigotudo, examina el corazón de mamá, la hace toser, la palpa aquí y allá, saca una especie de banda con una perita de goma y se la pega al brazo. Al final sentencia:

—Nada grave, solo una buena bajada de tensión —y blandiendo una jeringuilla se la encaja en el brazo a mi madre, que no reacciona—, se ve que está realmente mal, porque normalmente siente un terror tremendo hacia las agujas.

El doctorcito llena la hoja con la receta y me la entrega:

—Mientras tanto la paciente hará bien en tomar las medicinas que le he prescrito, y dentro de un par de días será mejor que vaya al ambulatorio para su control. Tal vez hagamos algún análisis, por prudencia —añade—. Y tú no pongas esa cara que no es nada, es una tontería. Mañana ya estará como nueva, ya verás.

En cuanto sale el médico, no termino de cerrar la puerta y suena el timbre. Seguro es nuestra vecina del piso de arriba, la señora Liberta —diminutivo de Libertaria, su padre fue un albañil anarquista y le dio a cada uno de sus cinco hijos nombres absurdos—, o bien puede ser la gacetilla del barrio en carne, hueso y bigotes.

—Estaba en la ventana y vi salir al médico, ¿pasó algo? —dice la señora, en zapatillas y bata.

En este edificio, o mejor dicho en todo el municipio, no se puede ni tan siquiera estornudar sin que los demás

se den cuenta y se sientan con el derecho a inmiscuirse. Pero esta cosa tiene su lado bueno, porque junto a la curiosidad, existe el deseo sincero de dar una mano. A diferencia de otros lugares, aquí se puede contar con los demás... no siempre y no completamente, pero al menos un poco...

Justo porque sé que las intenciones son buenas –en un cincuenta por ciento, digamos–, evito sugerirle que vaya a ocuparse de sus asuntos, y le ofrezco, sin hacerme rogar, todos los detalles del malestar de mamá.

—Esa mujer trabaja mucho, se mata trabajando para que tú estudies –dice la señora Liberta con aire de profunda preocupación.

Lo sabía, lo sabía. Otra descarga para alimentar mi sentimiento de culpa, lanzada en plena cara. No puedo hacer otra cosa que asentir, agradecer por interesarse, jurarle que si tuviéramos necesidad de algo me precipitaría al piso de arriba pidiendo ayuda a GRITOS y, finalmente, cerrar la puerta.

Cuando voy a ver cómo está mamá, la encuentro durmiendo profundamente. ¿Qué puedo hacer sino acostarme junto a ella sobre la colcha y tomarle la mano, como si tuviera miedo de que se pudiera escapar, irse, dejarme sola?

Y es así como nos encuentra papá cuando regresa a casa, blanco de cal, luego de una jornada en la construcción: una junto a la otra acurrucadas como dos pichones en un nido de algodón acolchado.

El ruidoso: “¡Oh, madonna mia! ¿Qué pasó?”, lanza al entrar a la habitación me induce a levantarme y a explicarle, un poco dormida todavía, que mamá se ha sentido mal.

—Nada, Ciro, no es nada –dice ella abriendo los ojos, mientras papá se apresura hacia la cama con un:

— ¿Qué tienes, Rosa mía? ¡Rosa, háblame!

Ella trata de sonreír y las manazas de papá le acarician los cabellos: no se exceden nunca en las caricias estos dos.

De repente me pregunto si han sido alguna vez felices. Ríen así tan raramente, y no recuerdo nunca haberlos escuchado cantar.

—No he preparado nada, ahora me levanto y... –dice heroicamente mamá.

Papá la detiene:

—Quédate en la cama, me ocupo yo de hacer algo de comer. Lilla me da una mano. ¡Lilla!

Y aquí está Lilla, preparada para abrir laticas sin miedo al peligro, mientras papá prepara para nosotros un sofrito que haría resucitar a los muertos y para mamá un arroz blanco de enferma.

Cuando vamos a acostarnos después de haber barrido y limpiado, estoy convencida de que no lograré cerrar un ojo.

En cambio el cansancio me vence, y justo cuando estoy por dormirme, mi mano se introduce debajo de la almohada y los dedos encuentran algo sutil y crujiente: la carta se salió del sobre amarillo, aquella con la poesía.

¡Con todo este revuelo me había olvidado completamente! Pero el sueño puede más y me duermo inmediatamente.

6

dos días, pero ayer dijo que se sentía muy bien y esta mañana se levantó temprano como de costumbre para ir a trabajar.

Hoy papá ha regresado antes del trabajo para acompañarla al médico de la familia, sabiendo bien que ella por los doctores no siente simpatía y que si de ella dependiera, ni soñando se haría una visita de control. Salieron enseguida después del almuerzo, y estarán fuera el tiempo suficiente para poder entrar nuevamente en el depósito y examinar un poco mejor el baúl.

Espero veinte minutos después de la salida de mis padres para evitar sorpresas del tipo “se me olvidó el monedero”, entonces abro la puertecita pequeña y voy derecho a la caja del tesoro. Aquí están los sobres amarillos, muchos y de tamaños diferentes, exactamente como los había dejado.

Me apresuro a sacarlos, cierro nuevamente el baúl y los pongo sobre la tapa. Los ordeno en pilas y me quedo mirándolos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y en verdad no lo tengo, así que es mejor que me apresure a esconderlos en mi habitación, donde puedo abrirlos en santa paz.

Ya, ¿y si mañana o dentro de una semana o dentro un mes, mamá buscase en el baúl y descubriese que las cartas desaparecieron? Pero si las vuelvo a poner en su lugar una vez abiertas sería peor: tendría el sabor de un desafío y ella me reduciría a puré, más que seguro.

¡Una vez en la vida haz las cosas bien, Lilla! –me digo–, sé lista.

Decido, al final, tomar solo un par, lo necesario para hacerme una idea de qué cosa hay dentro. Como son tantos, mamá nunca se dará cuenta de que faltan algunos, no creo que los haya contado. Juzgando por el montón de sobres desordenados dentro del baúl, se debe haber siempre limitado a botarlos allí dentro masivamente.

Yo también hago lo mismo y los echo dentro del baúl, pero antes me guardo dos en el bolsillo, escogidos al azar. Ahora no me queda más que cerrar el baúl, luego la puerta, regresar a mi cuarto y leer. No veo la hora, y mientras giro la llave del depósito me tiemblan un poco las manos.

Entonces: sobre número uno, ligeramente descolorido. Lo abro y saco dos hojitas cubiertas de una escritura que comienza a hacerse familiar. La carta ha sido escrita una decena de años atrás, por la ya habitual Vera. Y también, esta vez, está el sello CENSURA, que cubre parcialmente el título de una poesía.

¡GRAN CORAL DE AGRADECIMIENTO!

*¡Alabado de corazón la desmemoria del cielo!
Y que él de vosotros no sepa nombre o cara.
Que aquí todavía sois, nadie lo sabe.²*

Tesoro mío:

Ha llegado el invierno: otro invierno lejos de ti. La humedad me penetra por los huesos y, en el cuadrado de plexiglás que funciona como espejo (en las cárceles especiales está prohibido cualquier objeto “potencialmente peligroso”), también mi cara parece esponjarse como un extraño hongo crecido en la oscuridad.

No he tenido grandes contactos con el mundo externo durante mis traslados de una cárcel a otra: Rebibbia, Latina, Voghera, otra vez Rebibbia, ahora Opera y mañana no sé dónde será. ¡No se puede decir que no haya viajado en estos años! Para arriba y para abajo por toda Italia en un furgón celular maloliente. Las manos inmovilizadas por cadenas de hierro que no se pueden quitar ni tan siquiera para ir al baño... si se puede decir así, porque si se te escapa tienes que hacer en una especie de baño portátil, sin bajar del camión ni tener el derecho de esconderte, frente a los ojos de tus custodios. Y luego agradecer al cielo si este tiene la gentileza de mirar por unos segundos a otra parte.

2 ¡Grande corale di ringraziamento! Lodate di cuore la smemoratazza del cielo! E che esso di voi/ non sappia nome o viso./ Che qui siete ancora, nessuno lo sa.

Estoy convencida de que tampoco aquí permaneceré por mucho tiempo, el trasladarnos de un minuto a otro y sin preaviso es una técnica bien calculada, una de las tantas destinadas a destruirte, haciéndote perder de un golpe lo poco que tienes.

Y por “poco”, no hablo de los objetos, alguna ropa, un par de zapatos, una caja llena fotos, un libro con la carátula arrancada. No, hablo de las modestas costumbres cotidianas que nos son concedidas, hasta las más banales o desagradables: voces, caras, un juego de luces sobre el muro...

Aquí no podemos tener nada, y todo está paralizado como las barras que nos circundan, fijo como los ojos de vidrio y metal que señalan cada gesto nuestro. Este lugar está lleno de cámaras desde las cuales nos observan hombres y mujeres en uniforme, que en el cuello llevan un pañuelo con la frase: “Vigilar redime”.

Pero ¿cuál redención?, yo veo solo gestos mecánicos, la rutina de una fatiga cotidiana que nos transforma en objetos. A la larga le sucede así también a los médicos, a los enfermeros, ellos también se habitúan al sufrimiento y al malestar del otro... Solo que la prisión no redime y ni cura a nadie, solo te transforma en una persona inútil y mala...

Y así me siento yo, inútil porque no puedo vivir contigo, caminar contigo, reír junto a ti. Cuántas cosas quisiera decirte... Cuántas preguntas tendría para hacerte. ¿Qué preguntas me harías tú?

CANTO DE LOS BATELEROS DEL ARROZ

*Río arriba, en la ciudad,
nos espera un puñado de arroz,
pero pesa la barca que debe subir
y el agua corre río abajo.
Nunca llegaremos arriba.*

...

*Todos a una. No tropieces
con tu compañero.
La soga que en los hombros se nos hunde
tiene más resistencia que nosotros.
El látigo de nuestro vigilante
cuatro generaciones lo conocen.
No seremos la última nosotros.*

*Con todo mi amor,
VERA*

Suelto un profundo suspiro y leo una vez más desde el inicio. Bateleros, ciudad, a lo largo del río... ¿Esta Vera quizás le manda mensajes en código a mi mamá? ¿O quizás a don Scarpantibus? Alrededor de nuestro barrio pasa un río gelatinoso, pero nunca he visto ningún bote. De la carta no he comprendido mucho, pero una cosa sí es clara: la persona que escribe está en prisión, y desde hace mucho tiempo. Una “cárcel especial”, cualquier cosa pueden significar estas palabras.

¿Qué cosa ha hecho la misteriosa Vera para estar encerrada en una prisión donde no se puede tener ni un pedazo de espejo en el cual ver su propia imagen, si el cabello está peinado como te gusta a ti, si te sale un granito en la nariz?

Dejo caer la hoja, con mi vista fija sobre la palabra “tesoro”.

¿A qué “tesoro” estará dirigida la carta? Quizás a don Claudio... En el fondo no ha sido siempre cura, hace muchos años pudo haber amado a alguna joven, una mujer que ahora está metida en problemas, y le escribe a él, el enamorado de un tiempo. Quizás ella lo ame todavía, y no sabe que se ha convertido en don Scarpantibus... ¡Sí! Hecho, en tres segundos he inventado una telenovela.

No, pero este no es el punto: ¿por qué estas cartas están aquí, en nuestra casa, aún intactas? ¿Qué secreto esconden?, y nosotros ¿qué tenemos que ver con una que está en prisión?

Siento de nuevo la voz de la mujer policía que me dice: “¿Quieres convertirte en terrorista como tu madre?”. ¡No entiendo nada, nada de nada!

Y cuando uno no entiende, ¿qué hace? Se informa, ¡naturalmente! Bien, yo sé dónde encontrar las respuestas, aunque todavía no tengo una idea precisa de qué preguntas debo hacer.

Meto la carta ya abierta y la otra que no abrí en la mochila y salgo rápido, a tiempo para no encontrarme con mis padres que están regresando a casa.

El liceo donde voy es un liceo de periferia, con toda la pared cubierta por *graffitis*, que dan una impresión algo decadente, pero prueben a entrar y se quedarán con la boca abierta. No solo todo está pulido y las paredes recién pintadas –con la colaboración de nosotros los estudiantes, que el año pasado nos dimos a la tarea de limpiar durante todo el verano–, sino que el patio está lleno de matas todas verdes y por todas partes hay carteles anunciando actividades de todo tipo: espectáculos, reuniones, algunos indican los laboratorios, la biblioteca o la “sala de música”.

También es cierto que en el semisótano tendríamos otra sala de música, si los *Dark Magic* nos hicieran el favor de dejarla libre. Pero no, siempre están allí, todos vestidos de negro como cuatro espectros, haciendo bulla junto a los del segundo año.

Y pensar que hasta hace un par de años esta escuela era una especie de ruina con las ventanas del primer piso enrejadas para evitar las invasiones de los vándalos en el verano. Si todo esto ha cambiado se lo debemos a ella, Albarora Tiboni, la “Orca Asesina”, nuestra directora: un metro y medio de furia concentrada que en cuanto llegó a la escuela puso en línea a los profesores, bedeles, alumnos y padres. Luego fue a tocar las puertas de todas las posibles “oficinas responsables” de cualquier tipo y nivel, y no dejó de hacerlo hasta que obtuvo aquello que buscaba: financiamiento, estructuras, atención y respeto.

En cuanto a los vándalos, un puñado de deficientes cabezas rapadas que jugaban a ser los jefes de la mafia,

desde que la Orca Asesina entró en acción no volvieron a aparecer. Nadie sabe cómo hizo nuestra mítica directora para convencerlos de que no volviesen a aparecer, aunque nosotros creemos que los amenazó con colgarlos por el dedo pulgar al techo del gimnasio.

También es mérito suyo, de la Tiboni, si ahora en un rincón de la biblioteca hay tres computadores casi último modelo, y también si un buen grupo de estudiantes – incluida yo – ha aprendido no solo a usarla, sino a navegar en red como tantos capitanes Nemo virtuales.

Y si bien es cierto que varios compañeros míos piensan que Internet sirve solo para chatear, para mí, Internet es una inmensa biblioteca: tiene todo, basta con saberlo buscar.

Esquivo a la celadora Augusta que está sentada detrás de la puerta y me pongo delante de una PC. Tecleo la dirección de un motor de búsqueda. Pero esta vez no busco algo para agregar a la tarea de Historia, para inflar un poco los datos del trabajo práctico de Biología.

Vamos a empezar por la historia de los bateleros. Aunque mejor no, pensemos después en eso. Vera dice que está encerrada en una cárcel especial, ¿no? Y ahora escribo en el espacio correspondiente a buscar “cárceles especiales”, y enseguida aparecen uno debajo de otro todos los sitios para clicar. Los recorro rápidamente, hago clic sobre uno, luego sobre otro... pero no... esto es muy difícil, no entiendo ni siquiera qué es lo que aparece escrito. Y tampoco esto, parece una proclama política. Maldición, yo quiero HECHOS. Quiero saber qué cosa

son las cárceles “especiales” de las que habla Vera en las cartas, quiero una explicación. A ver un momento aquí... quizás ahora sí:

Fue en el 1975 cuando la policía presentó el proyecto de un circuito carcelario especial que habría alojado a los militantes de la lucha armada y los delincuentes comunes más peligrosos. En los institutos considerados más aptos se abrieron las secciones especiales de máxima seguridad, y en el verano de 1977 Giovanni Gentile Schiavone, exponente de los NAP, Massimo Battini, detenido común, y el brigadista rojo Renato Curcio fueron los primeros en entrar en sección especial de la Asinara, quizás el más importante de los centros de detenciones de máxima seguridad. Uno de ellos cuenta: “Mi destinación era una pequeña construcción, baja, que los guardias llamaban el pollero porque allí había tenido sus gallinas la esposa del director: cuatro celdas estrechísimas, soterradas, con ventanas desde las cuales, en los días de lluvia, entraba el agua a torrente. Todo en cuatro metros por tres, con una puertecita tan pequeña que para atravesarla era necesario agacharse. Debíamos vivir de a cuatro, en dos literas, y como único mueble una mesita fijada al pavimento y cuatro gavetas.

Y luego, más abajo:

Las cárceles especiales eran una docena: Cuneo, Novara, Fossombrone, Trani, Termini Imerese, Favignana, Pianosa, l'Asinara, Nuoro, Voghera para las mujeres. Las medidas aplicadas fueron mucho más restrictivas de lo habitual, y las condiciones de vida en el interior, incluso más duras: censura de la correspondencia, estricta limitación en la relación con los familiares (que a menudo sufren el acoso y la vejación de vergonzosos e injustificados registros físicos, y muchas veces después de un largo viaje

les rechazaban su derecho a la visita), nada de radio, televisión o periódico, separación absoluta de los otros reclusos, fuerte reducción en las horas al aire libre, del recibimiento de paquetes, de la adquisición de alimentos y de otros ‘géneros de confort...’.

Me detengo por un momento con la boca abierta: la carta que leí ayer hablaba de Voghera, una de aquellas cárceles creadas para tener a los brigadistas encerrados... ¡Entonces... Vera era una de ellos, y hasta quizá había matado a alguien!

¿Qué cosa tiene que ver conmigo, con nosotros, esta mujer que le escribe a “su tesoro” y dice cosas comunes, tristes y hasta tiernas? ¿Y esos versos?, ¿de quién serán? Casi casi me pongo a escribir una poesía, para felicidad de mi diario que no me ve desde hace meses.

Saco otro sobre de la mochila y lo abro, con la esperanza de que tenga la llave de todo este misterio, pero justo en ese momento siento una mano que se apoya en mi hombro y el ligero aroma de lirios que anuncia la presencia de la Orca Asesina. Es ella que me observa con aire interrogatorio desde su metro y medio de altura.

—¿Todo bien, Mariano? ¿Por qué estás en la biblioteca a estas horas? ¿Me equivoco o hace un par de días que no vienes a la escuela?

¡Esto era lo que me faltaba! Trato de recuperar el aliento e improviso: —Sí, bueh, es que... en verdad no he estado bien... Es decir, primero estuve mal yo y luego mi madre, pero mañana regreso y traigo la justificación...

Pero ahora estoy muy bien y quería recuperar un poco, y tratar de adelantarme...

—Ya veo —dice ella, apretando los ojos e inclinándose hacia la pantalla donde está aún la página sobre las cárceles especiales.

Echa una ojeada al texto y luego me observa como un pajarito que apenas ve una lombriz pretende devorarla como cena.

—¿Cómo es posible, te interesan estas cosas? —dice con voz seca.

—Eh, es que... —comienzo balbuceando. Luego me lanzo:

—Es que con algunos amigos hablábamos de terrorismo y otras cosas relacionadas... eh... y como ninguno de nosotros sabe gran cosa, estaba probando a buscar un poco en Internet, solo que no es simple, hay tantas cosas, pero explicaciones hay pocas, y yo en cambio quería saber ¿cómo fueron las cosas, cómo sucedieron...?

—Claro, es un tema interesante y también actual —dice con nostalgia—. Los de tercero podrían hacer esta pequeña investigación, algo con entrevistas y videos, y tal vez una hermosa exposición de fotos... Y tú también, y la escuela participaría en la discusión, hay que conocer el pasado para entender el presente.

Todos sabemos que a la Tiboni le encantan las “pequeñas investigaciones”, especialmente si están apoyadas por videos y fotos, pero no tengo tiempo para perder esperando que los de tercer año terminen la tarea, que apenas acaba de ser escogida para ellos por la Orca

Asesina. Quiero saber, y saber ¡ENSEGUIDA! Entonces pruebo:

—Sí, pero mientras tanto... ¿por qué no me explica usted qué cosa eran las Brigadas Rojas?

Arquea las cejas y responde:

—A decir verdad es un poco largo de explicar. Hay que partir de los años 68 y 69, había muchísimas huelgas, se hablaba de revolución. Hacía poco que había sucedido la explosión de Plaza Fontana (la explosión de Estado, como decían en aquel tiempo...). Pero, para decirlo en dos palabras, las Brigadas Rojas eran un grupo armado fundado más o menos en 1970.

Al inicio, sus miembros se presentaron como los Robin Hood de los obreros y hacían solo pequeñas acciones demostrativas; luego en el curso de los años comenzaron a disparar “en nombre del comunismo y en defensa de la clase obrera” e hicieron mucho daño. Una cosa sí te digo, Mariano, para mí los brigadistas no han sido revolucionarios, aunque sí tenían ideales. Si se quieren cambiar las cosas, se necesita hacerlo pacíficamente.

—Aquí dice que en las cárceles los trataban malísimo... a ellos y también a los familiares que iban a visitarlos.

Ella se ruboriza y acentúa:

—Sí, en su tiempo escuché hablar de eso. No se debería confundir la justicia con la venganza... Ahora creo que las cosas han mejorado un poco. Mejor para ellos, ya que muchos deberán permanecer en la cárcel toda la vida.

Observo la pantalla de la computadora y pienso: ¿cómo hace una persona para permanecer en la cárcel toda la vida?

Pero no oso decirlo en voz alta y recojo la mochila, porque me espera el entrenamiento. Al menos por un par de horas trataré de pensar en otra cosa.

Todavía me quedan dos cartas por leer y me gustaría hacerlo aquí, sobre el banco delante del oratorio, si no fuera por los ojos de don Claudio que me siguen, incluso ahora que el entrenamiento terminó.

Tiene que tener antenas nuestro don, porque no hizo otra cosa que observarme con las cejas engurruñadas mientras me lanzaba de una parte a otra de la portería, como si se preguntara qué diablos me pasa.

Pero ahora no tengo ningún deseo de hablar con él, aunque tarde o temprano lo enfrentaré: está claro que los sobres amarillos pasaron por sus manos, aquel que le entregó a mamá el otro día no debe haber sido el primero. Quizás son años los que lleva haciendo de “cartero”... o quizás no, quizás los otros llegaron por vías diversas, aunque yo no he visto rastro de sellos ni de dirección.

Me siento como envuelta en una especie de telaraña hecha de cosas no dichas y palabras incomprensibles, algo que me toca de cerca y que no logro captar, es como si advirtiera un movimiento con el rabito del ojo, de esos demasiado rápidos como para que yo pueda comprender de qué se trata.

Por ahora no puedo hacer otra cosa que ir a casa, preguntar gentilmente a mamá qué cosa ha dicho el doctor,

escuchar su respuesta con aire comprensivo, cenar rechazando la oferta de llenarme el plato una segunda o tercera vez y, finalmente, meterme debajo de la sábana, en espera de que también mis padres se vayan a dormir y que los típicos ruidos familiares –los crujidos de la vieja cama de madera, las últimas palabras intercambiadas en voz baja, el tenue ronquido de mamá, otro más profundo de papá– me anuncien que los dos se han deslizado en el sueño.

Sé que solo en ese momento podré leer en paz las hojas grisáceas cubiertas de la escritura irregular de Vera, aquellas hojas que llegan de la cárcel, de un mundo desconocido e inimaginable donde no se puede ni siquiera mirarse al espejo o habituarse al sonido de una voz o leer un libro sin que tenga la tapa arrancada.

El corazón me late enloquecido cuando abro uno de los sobres amarillos y saco una carta que tiene la fecha de mi último cumpleaños.

Scilla, hija mía adorada,

Hoy cumples trece años, pero yo solo recuerdo tu cara de niña. Ahora que eres casi una mujer, ¿a quién te pareces? ¿Tus cabellos son aún rizados y rojos como cuando eras pequeña? ¿En tus gestos, en tu modo de caminar o de mover la cabeza, hay algo mío o de tu padre? ¿Qué cosa te gusta leer? ¿Con qué colores te gusta vestirse?

Escogiendo la lana para esta bufanda he pensado en tus ojos claros, casi transparentes: esos no pueden haber cambiado. ¿Quién sabe si lograré hacértela llegar?... Me

bastaría saber que la usas, aunque no te digan que tu madre la hizo para ti. Buen cumpleaños, estrella mía...

Al leer el nombre de Vera siento que me duele el cuero cabelludo, como cuando te halan los pelos y te los amarran con una liga demasiado pequeña. Aunque solté mis cabellos –que sí, todavía son rizados y rojos e indomables– sobre mis hombros, pero este dolor agudo no sé de dónde viene.

Sentada en la cama, con la carta en la mano, me balanceo poco a poco, adelante y atrás, y pienso: tiene que existir otra Scilla, una que se me parece y que lleva mi mismo nombre y que, como yo, ha recibido una bufanda de colores bellísimos por su último cumpleaños. A mí me la dio don Claudio, que me dijo que la mandó a hacer con una querida amiga... a ella, a mi tocaya, ¿quién se la habrá regalado?

Luego me doy cuenta de que mientras me esfuerzo por creer en la existencia de otra yo, mis ojos recorren la habitación, apenas iluminada por la pequeña lámpara que de noche tengo encendida sobre la cómoda, para que me haga compañía y aleje los sueños feos. Mi mirada se posa de un objeto a otro, de un peluche al otro, como si tuviera que dejarlos por siempre y saltar en la oscuridad. Hasta hace un momento, un segundo, era Scilla Mariano, trece años y tres cuartos.

Ahora no sé tan siquiera quién soy, de quién soy hija, qué nombre tengo...

Golpeo lentamente la almohada con mi puño, lentamente, lentamente y de repente siento en la boca el sabor dulce de la sangre: sin darme cuenta de que me había mordido la parte interna del labio.

Quisiera correr allá, hacia aquellos que creía mis padres, sacarlos de su estúpido sueño: ¿cómo se puede dormir después de haber mentido por toda una vida, después de haberme mentido a Mí, a alguien que llaman hija? Quisiera preguntarles a aquellos dos ¿qué cosa hago aquí?, ¿cómo terminé en este lugar? y sentirme responder que es solo otro de mis feos sueños, que estas cartas no tienen que ver con nosotros, que son falsas desde la primera a la última.

¡Claro, las cartas!... rompo con furia el sobre de la segunda carta, amarilla, vieja y frágil, como me siento yo ahora. Paso trabajo para leer la fecha debajo del timbre CENSURA.

Es de hace once años...

Hija mía, desde hace dos horas la mamá no tiene más tus ojos de oro para besar, tus rizos para acariciar—ninguno sabrá jamás peinarlos sin hacerte mal, lo sé—. Me preparé durante mucho tiempo para este momento, pero nada puede calmar el dolor que me provoca tu ausencia, o peor, tu pérdida, porque Rosa ha aceptado tenerte consigo bajo el pacto de que tú nunca sepas de mí o de tu padre, de nuestras decisiones, de nuestra propia existencia. Hubiese podido tenerte conmigo por un año más, los niños pueden permanecer en la cárcel hasta los tres años y tú tienes solo

dos, pero era impensable tenerte más tiempo detrás de las rejas. Eran meses en que, cuando cerraban las celdas, te echabas a llorar desesperadamente. La cárcel le hace mal a los grandes, figúrate a los niños... Pero yo te escribiré, te escribiré siempre. Y quién sabe si un día, cuando seas grande, Rosa te permita leer mis cartas: así comprenderás que mamá ha estado siempre cerca...

Me derrumbo sobre la almohada, me siento sumergida en mi recurrente pesadilla: el rumor metálico de un candado que se cierra, una mujer llorando, alguien que me lleva... Entonces la mujer del sueño era mi madre, mi verdadera madre. ¿Y mi padre? Quizás todavía está vivo, en prisión él también, o quizás se esconde, quién sabe dónde.

Escondo la cabeza debajo de la almohada para que no me escuchen, y sollozo desesperadamente.

Cuando el sonido del despertador me hace saltar de la cama, me doy cuenta de que esta noche tengo que haberme dormido a fuerza de llantos, porque los ojos me arden y la cabeza me duele muchísimo y siento que me pesa tanto que tengo miedo de que se desprenda del cuello y ruede hacia algún ángulo de la habitación.

Por un único y largo instante no me acuerdo de nada, siento solo un malestar agudo que inunda mi cuerpo, no, mi mente embelesada y todavía vacía. La habitación es la misma de siempre, del mismo modo que la patética pijama de ositos que mamá me ha regalado por la Navidad y el póster del equipo de fútbol de Roma

colgado en la pared no han cambiado para nada. Pero basta un abrir y cerrar de ojos y todo está al revés, todo se derrumba como provocado por la silenciosa sacudida de un terremoto: esta no es más mi casa, yo no tengo más nada, no soy ninguna...

Bueno, no... soy la hija de una delincuente, quizás de una asesina.

Pruebo pararme y descubro que me siento machacada y adolorida como si me hubiesen golpeado, no obstante, logro ir al baño y me miro al espejo como si esperara ver otra imagen.

Cabellos rojos y encaracolados, cachetes lisos y gordiflones, ojos verdes que con cierta luz se convierten en azules, la nariz demasiado corta y un poco achatada –“como un pequinés” ha dicho siempre don Claudio–. Soy todavía yo, siempre yo. De repente pienso que mi rostro y mi cuerpo son lo único que me queda, no tengo otra cosa en el mundo. Todo el resto me lo tendré que inventar, porque si no puedo ser Scilla Mariano, no quiero tampoco ser la hija de una terrorista.

Mientras me lavo la cara con el agua helada y me peino lo mejor que puedo, siento la rabia salirme de adentro, circularme por las venas, darme nuevas fuerzas. Los odio, odio a todos estos adultos cobardes e infames. Mamá y... no, quiero decir Rosa y Ciro Mariano, aquellos dos gordos que sin piedad me han alejado de mi madre para criarme a base de pan y mentiras. Y Vera, quién sabe qué ha hecho, y ahora escribe cartas endulzadas desde la cárcel –¿pero nunca le han dicho que quien se equivoca,

paga?—. Y don Claudio, que “no soporta las mentiras” y desde hace años que las mantiene con estos y con la otra. Me han traicionado y mentido, pero ahora les voy a hacer ver a todos quién soy —pienso—, mientras me visto a velocidad supersónica.

Luego, poniéndome el abrigo, me doy cuenta de que no sé dónde ir. Escapar está bien, pero ¿adónde? ¿Y con quién puedo contar? Nino está seguramente en la escuela, el último lugar donde tengo intención de mostrarme. En la iglesia no pondré nunca más un pie mientras viva. En cuanto a los vecinos... me da ganas de reír la sola idea de que vuelo a los brazos de la señora Liberta. Casi, casi que me vienen deseos de regresar a la cama y no levantarme nunca más.

Pasan delante de mis ojos las imágenes de un viejo *film* en el cual una princesa rubia bebe regularmente una copa de veneno y luego se recuesta sobre una cama con dosel, con un gran susurro de satén, para morir con estilo. Pero yo no tengo esa clase, no soy una princesa... solo la hija de una presa.

Me sueno la nariz y voy a la cocina a tomar, como siempre, la taza de leche que Rosa la mentirosa me ha dejado sobre la mesa antes de salir. Luego cojo todos los sobres amarillos que logro meter en la mochila: son míos, ¿no? ¿Cómo se atrevieron a no dármelos, como han podido decidir por mí?

Y finalmente me marchó, cerrando con fuerza la puerta tras de mí. Pensándolo bien, tengo un lugar donde ir.

8

Bianca me abre la puerta, con los pelos más parados que de costumbre y los ojos semicerrados por el sueño. No usa pijama, sino un camisón blanco de franela, largo hasta los pies y extrañamente anticuado, tipo “Mujercitas”, que la hace parecer un fantasma *punk*.

—Ey, si permaneces ahí con la boca abierta te van a entrar moscas. Ya que me has levantado, entra. ¡No te quedes ahí parada!

Me empuja hacia dentro de la casa junto al dingo que trataba de colarse. Luego pone a hacer el café y saca pan integral, mantequilla y mermelada —se ve que finalmente le han pagado.

—¿Quieres? —pregunta, y yo me apresuro a mover la cabeza para decir que no, mientras Carlos aparece en la puerta de la cocina, vestido todo de negro: negras las botas altas y gruesas, negros y lucidos los pantalones, negro y rugoso el grueso suéter tejido.

—Mira quién apareció, ¿qué haces aquí? —me dice con una sonrisa.

Encojo los hombros:

—Hoy no me aguanto la escuela...

Carlos se sirve el café y mientras busca el azúcar dice:

—Yo en cambio estoy yendo. Hoy tengo clases.

Lo observo asombrada y él ríe:

—Voy a la universidad, ¿no? Estudio Biología.

—Es tremendo empollón. También se ganó una bolsa de estudio —interviene Bianca con un tono despectivo pero en el fondo lleno de orgullo—. Pierde cantidad enorme de tiempo estudiando, no sé realmente cómo le va. Yo, en cuanto termine la secundaria, he concluido.

Nunca pensé que se pudiera vivir en una casa ocupada, andar por ahí liberando animales, enfrentar a la policía y ser a la vez un estudiante modelo... pero no tengo el tiempo de comentar este descubrimiento porque algo similar a un ratón se cuela debajo de mi silla. Con un grito alzo de un golpe los pies: odio a los ratones y también... a las lagartijas, en fin... a cualquier cosa que se mueva rápidamente y pueda saltarme arriba.

—No te preocupes —intenta calmarme Bianca—. Es solo una cavia... un cochinito de la India. Se llama Ciaffo y está un poco asustado porque Carlos lo ha sacado de un laboratorio de la universidad, uno de esos donde cortan en tajadas a los animales vivos con la excusa de la ciencia.

Cavia o cochinito de la India o lo que sea, esta cosa tiene cara de topo, así que mejor continúo con los pies levantados y lanzo una sonrisa de incertidumbre porque me da pena mostrar todo lo asustada que estoy.

Por suerte Carlos tiene piedad de mí y se agacha a agarrar a Ciaffo:

—Mejor que regreses a tu celda, antes de que el leopardo te coma como desayuno.

Carlos y la cavia desaparecen en la otra habitación y en cuanto nos quedamos solas, Bianca aprovecha y me dice: —Entonces, *dark lady*, escupe el problema. No se cae en casa de los demás al amanecer, si no se tiene un sapo que soltar.

Primero, no es tan temprano, son las nueve de la mañana, y además, no soy del tipo de persona que va por ahí divulgando sus problemas personales y privados con cualquiera...

Le lanzo una mirada y me doy cuenta de que la suya no es curiosidad y nada más, porque me cuida un poco como Carlos cuida al dingo y a la cavia, es decir, como de quien trata de hacer lo que puede, porque eso es lo justo.

Me pongo a sollozar, y sin darme cuenta comienzo a contar:

—Era verdad.

—¿Qué cosa... era verdad? —balbucea ella tragándose el último pedazo de pan con mermelada.

—Aquello que dijo la policía... mi madre es una brigadista.

—¡Figúrate! ¡Pero si el cura dijo que tus padres no saben ni qué cosa es la política! ¡No lo puedo creer...!

—Sí, es verdad, mis padres... digo, los que me criaron... en determinadas cosas no se interesan. Pero Rosa no... Rosa no es mi madre... Mi madre es una que está en una cárcel especial, una de esas en las que tienen presos a los brigadistas. Yo no lo sabía, ni nunca la he visto, lo sé solo ahora.

—¿Hablas en serio?, ¡maldición! —Bianca mueve la cabeza—. ¿Y quién es? Si me dices el nombre quizás me la recuerdo, en el Centro Social tenemos el elenco de todos aquellos que están todavía en prisión por la lucha armada, lo colgamos en un muro antes de los conciertos, por la Amnistía.

—Vera... el apellido no lo sé.

—No me dice nada. Realmente no sé mucho de estas cosas, para mí son prehistoria. Yo no como ni siquiera carne, imagínate hacerle mal a otra persona. Pero odio la cárcel y no estoy de acuerdo con que la gente esté encerrada, es todo lo que te puedo decir. La prisión es una cosa bárbara y no sirve para nada. Y después...

Debo haber puesto cara de desesperación, porque se interrumpe y luego me pone una mano sobre el brazo, para consolarme.

—Dale, que luego vamos al Centro y miramos. Quizás esté escrito en qué cárcel está, así la vas a ver...

—No... —digo sin fuerzas, y luego comienzo a llorar.

—Eh, pero qué es ese lloriqueo... ven acá...

Del camisón de Bianca sale un olor a vainilla, y uno de sus innumerables aretes me araña ligeramente la nariz. Me abraza y me doy cuenta de que tiene otro tatuaje en el cuello, una lagartija. Cuando me acuesto, me da una servilleta.

—No tengo más una familia —sollozo, soplándome la nariz—. Una madre en prisión y un padre que no se sabe quién es...

—Seguro que no es peor que el mío, que cuando tenía tu edad ha tratado de... bueno, sabes..., ha tratado de tocarme, y no para golpearme como lo hacía frecuentemente. Por fortuna soy una que siempre se ha sabido defender... en realidad tus verdaderos padres son aquellos que te han criado, los otros solo te trajeron al mundo.

—Pienso que si la han metido en la cárcel es porque ha matado a alguien.

—¿Quién, Vera? Puede ser —responde Bianca alargando los brazos—. Tal vez le disparó a los políticos, a los jueces, a la policía...

Por un momento pienso en Laura, mi compañera de aula de la escuela primaria y la veo llegar a la escuela toda orgullosa, tomándole la mano a su papá que es policía. Y para nada sentía vergüenza. Yo en cambio... y con horror, me viene a la mente que mi madre quizás le haya disparado a alguien que tenía hijos, una hija como Laura. Comienzo de nuevo a llorar y digo entre sollozos:

—Tampoco mis padres adoptivos son una gran cosa. Me han contado una sarta de mentiras. Y mira estas cartas, que dicen que me han adoptado solo bajo el pacto de que yo no supiera nunca de esta historia...

Saco de un bolsillo de la mochila las hojas grises, Bianca las recorre rápidamente y de repente exclama:

—Eh, pero esta es una de las poesías que hemos leído durante el concierto en el Centro Social. Ahora me acuerdo: Vera... Vera Santini, una que nunca pide el permiso...

—¿Qué dijiste? ¿Santini? Es el apellido de mamá... ¿Y entonces? No comprendo nada.

—Bueh, serán parientes, ¿qué cambia? —dice Bianca.

—No sé si cambia algo... realmente ya no sé nada —estoy tan cansada que casi no logro ni asombrarme, pero mi curiosidad es tan fuerte que no puedo hacer otra cosa que preguntar entre lágrimas:

—¿Y qué cosa es esa historia de los permisos?

—No sé cómo funciona, pero hay una ley que después de muchos años de cárcel te permite salir de vez en cuando y, después, hasta trabajar fuera durante el día y regresar a la cárcel en la noche. Al Centro vienen seguido dos exbrigadistas que trabajan en la secretaría de una asociación, ¿sabes?, en una de esas que siguen proyectos para los países africanos... Si vienes esta noche temprano, quizás los veas. De todas maneras, discúlpame que te lo diga, pero creo que estás exagerando: de estas cartas se comprende que tu mamá te quiere un montón. Y también esta otra... la que te ha criado con tanto cariño, justo como si fueras suya, ¿no? Piensa en mi madre, que mientras menos me tenía entre los pies, mejor para ella...

—¿Es por eso que siempre tienes ese aire de estar enojada con el mundo?, le pregunto.

—¿Y quién dice que es solo por eso?... también porque me dan tremenda rabia todas estas personas llamadas “normales” que gastan, comen, consumen, gastan... parece que toda la vida para ellos es solo esto. Y luego mira qué cosa le hacen a los animales...

Mi enorme cansancio se transforma en un fuerte mareo y casi me caigo de la mesa.

—Eh —me dice Bianca alarmada—, no te atrevas a desmayarte, ¿está bien? Ven a acostarte en la cama.

Y ahora estoy acostada en una cama grande toda coloreada, en una habitación pintada con colores alegres. En el techo hay un dibujo de un gran pavo real con su cola y es la última cosa que veo antes de que mis párpados se cierren pesadamente.

Me despierto porque siento algo rugoso que me lame la cara: la lengua del leopardo que se acurrucó plácidamente a mi lado. Por unos instantes permanezco inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, mejor no asustar la bestia, mas si es más grande que un gato y está ronroneando.

Cuando decido levantarme, con mucho cuidado, miro el reloj y me doy cuenta de que dentro de algunos minutos mis compañeros de clase saldrán de la escuela. Esa misma escuela donde posiblemente nunca más pondré los pies, ya que he decidido escapar de casa.

Pero antes de desaparecer, quisiera saludar a Nino. Y también decirle sus cuatro cosas a don Scarpantibus, que se tendría que avergonzar por haberme mentido: ¿qué clase de cura es? ¡Maldición!

Me toma poco tiempo darme cuenta de que aparte de los animales, no hay más nadie en casa, por eso escribo una notica de agradecimiento a quienes me dieron hospedaje y me marchó, esta vez sin tirar la puerta.

9

Nino se bajó de último del autobús y se dirigió hacia donde yo estaba sin verme, sumergido en la música de sus audífonos.

—Hola, Nino –saludo.

—Ey, ¿dónde estabas metida? Hoy no te vi.

—Nada de escuela, no voy a ir más. Vine a saludarte.

—¿Y eso? Pensaba que tus padres estaban interesados en hacerte estudiar, eres tan aplicada.

—Esos dos no son “mis padres” y no pueden decirme lo que debo o no hacer. No tienen ningún derecho sobre mí, ¿entiendes? Son solo dos mentirosos. Mi verdadera madre es una brigadista que está en prisión y que estará no se sabe por cuánto tiempo, y mi padre, ¿quién sabe? Quizás él también esté dentro, no sé ni siquiera si está vivo todavía ...

Mi voz se va quebrando peligrosamente, los ojos me pican pero logro contener las lágrimas y hacerlas retroceder. He llorado suficiente en las últimas veinticuatro horas.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué cosa estás diciendo? –Nino tiene un aspecto totalmente desorientado, que por poco me hace reír.

Antes de que piense que estoy completamente loca, saco mis ya familiares hojas grises y se las muevo debajo de la nariz.

—¡Ah sí!, es una novedad también para mí, lo descubrí ayer, gracias a estas cartas. Y tengo todavía una buena cantidad, aquí adentro —agrego, dando una palmada sobre la mochila—, sentémonos en alguna parte y así te las muestro.

No muy lejos hay un banco y con nuestras dos mochilas lo ocupamos por completo. Un grupo de estudiantes nos pasa cerca riendo, un perro olfatea el tronco de un árbol y luego alza la pata para regarlo. Le acerco a Nino la hoja con la poesía y él la recorre con rapidez.

—¡Bella! —dice—, la leyeron en el concierto del Centro Social, la recuerdo, es de Vera Santini. ¿Y tú eres la hija y no sabías nada?

Me observa como si fuera una heroína del romance, y por un segundo me siento justo así. Pero ¡maldición!, yo nunca he sido la tipa que sueña con ser especial, distinta de todos los demás. Yo siempre solo he deseado ser IGUAL, eso, tan igual que pidiese parecer invisible. No me veo en el lugar del personaje protagonista de Scilla, la hija de las Brigadas Rojas.

—En el Centro Social está la lista de todos los compañeros en prisión —dice Nino—, pero ahora no puedo ir, papá trabaja en el supermercado que está justo enfrente y yo estoy castigado: cero estadio, cero Centro... si mis padres me ven ahí, me matan —observa el reloj y salta:

—Tengo que correr, ¡es tardísimo! Regresa tú también a tu casa, podemos vernos más tarde en el Centro Social, quizás logro escaparme.

—De acuerdo, de todos modos a mi casa no regreso, en todo caso voy a dormir a casa de Bianca...

En ese momento oímos el ruido de una bocina y luego la voz estruendosa de una mujer que se asoma desde la ventana de una Polo.

—¡Pero mira dónde estás, desgraciado! Hace una hora que te esperamos para almorzar. ¿Y esta quién es, no tiene familia?

No, no tengo una familia... Mientras Nino se monta en el auto con el aspecto de un perro golpeado, me dirijo al oratorio con aire de perro abandonado. ¡Qué clase de jodedera es la vida!

—Tengo que hablarle ya, DON Claudio —digo, entrando en la parroquia sin saludar.

—¿No ves que estoy hablando con la señora? —responde él, empeñado en consolar a una mujercita con la nariz roja que tiene en la mano un pañuelito estrujado—. Espérame en el gimnasio, hablamos luego. Y no me llames don.

Cuando finalmente llega, media hora más tarde, estoy ocupadísima en desahogar mi rabia de la manera más fácil: dándole patadas a un saco lleno de aserrín y lanzando uno que otro grito liberador.

—Ey, ¿la tienes cogida con alguien en particular o has decidido simplemente destruirme el *punching ball*? —pregunta ese mentiroso traidor disfrazado de cura.

—Sí, respondo, la tengo cogida contigo. ¡Y con todos los llamados normales, que comen, gastan, consumen, comen, gastan... son solo zombis!

—¡Dios mío! —dice el don agarrándome por un brazo—. Si no te conociera muy bien, diría que te has empastillado, muchachita.

—¡No tengo necesidad de empastillarme para sacudirme la vida! —le grito, sacando mi brazo de un tirón.

—¡Es ya bastante emocionante así, en su forma natural!

—En fin, Lilla, ¿qué te sucede? ¡Cálmate!

—¡No! —le grito—, ¡mentiroso!

Lo veo palidecer de un golpe, como si le hubiesen chupado toda la sangre. Se esconde el rostro entre las manos, pero dura solo un segundo, porque me toma de nuevo por el brazo y me empuja hacia la parroquia, murmurando:

—Vamos, que hay que hablar.

Cierra la puerta, se sienta en la vieja y desvencijada silla, cruza las manos y suspira profundamente.

—Te escucho, Lilla.

—No —grito—, deja de ser hipócrita, don mentiroso. Eres tú quien tienes que hablar, ¡ahora! ¿Quiénes son mis padres?

—Rosa y Ciro... son los que te han criado.

—¡No es verdad! He leído las cartas. Mi madre está en la cárcel y se llama Vera. Y tú lo sabías y me has regalado la bu-bufanda sin de-decirme que...

No, no puedo llorar, no debo.

Él se acerca.

—No, no me to-to-toques —balbuceo.

—Cálmate, tesoro mío. No debería decirte nada porque se lo he jurado a Rosa, pero ahora... —suspira de nuevo.

—Hagamos esto, yo te cuento el inicio de la historia, pero el resto se lo tienes que preguntar a ella, que te quiere tanto como a sus ojos...

—¡Figúrate, una desconocida ignorante que me ha alejado de mi madre! —respondo.

—No hables así... las cosas no son como crees...

—¡Y entonces dime tú cómo son, dímelo de una buena vez!

Él vuelve a sentarse, acariciando distraídamente el crucifijo que lleva en el cuello.

—Todo comenzó hace muchos años, a principios de 1970. Yo había entrado en un grupo que hacía política en un barrio... un grupo de extrema izquierda, como tantos que existían en esa época. Tenía un hermano pequeño, Giuliano, que también venía conmigo al comité político del barrio. Allí había también muchas jóvenes, entre ellas, tu madre. Eran otros tiempos, no es fácil de explicar... El hecho está en que los discursos de los más jóvenes eran cada día más radicales... se hablaba de armas, de revolución. Yo no estaba de acuerdo, pero casi todos los demás, sí.

Giuliano se enamoró de tu mamá, que venía de Nápoles y estudiaba Psicología. Se fueron a vivir juntos y luego desaparecieron, de un día para otro. Desaparecidos en la nada, sin dejar la más mínima huella. Temía que

hubiesen pasado a la clandestinidad, y no me equivocaba. Me sentía impotente ante todo lo que estaba sucediendo y al final decidí partir para Sudamérica, donde descubrí la vocación religiosa. Y allá me llegó una terrible noticia: mi hermano había muerto en un tiroteo, tu madre había sido gravemente herida, y estaba embarazada. Sobrevivió junto a la bebé —tú— a la que parió más tarde en la cárcel. Fue ahí cuando la volví a ver, una vez de regreso a la patria. En ese entonces en Italia se continuaba disparando. Fue una conversación difícil, en la cual traté de hacerla cambiar de idea. Era como hablar con un muro. Simplemente ella no me escuchó, ni en ese momento, ni después. Pero con el pasar de los años, he aprendido casi a comprenderla como a respetarla.

—Entonces... tú-tú eres mi-mi...

—Tu tío, sí. Y he tratado de ocuparme de ti todos estos años. He ayudado a Rosa a enviarte a la escuela de la iglesia y luego al preuniversitario. Y la he convencido de no botar todas esas cartas que tu madre te envía desde la cárcel a través de mí. Porque fue a mí a quien Vera escribió cuando tuvo que entregarte a alguien. Había sido privada de los derechos civiles, también de la patria potestad y en un año aproximadamente la sentencia habría sido definitiva. Así que traté de convencer a Rosa y a su esposo de tenerte con ellos. Rosa y Vera son hermanas, Scilla.

—¡Ah!, ¿mamá es mi-mi ti-tía? ¡Y abandonó a su hermanita? —si al menos lograra dejar de balbucear, si al

menos no temblara así. Pero no logro controlarme, ni tampoco estar callada.

—¿Por qué en to-to-to-todos estos años no me ha dicho nada? ¡Basta! ¡Me dan as-asco to-todos, todos!

Me pongo el abrigo, agarro la mochila y salgo por la puerta corriendo, mientras a mi espalda, don-tío murmura:

—No es como piensas, Scilla... habla con Rosa.

Pero yo de Rosa, o mejor de tía Rosa, no quiero escuchar hablar. Con el corazón en la garganta corro al Centro Social, atravesando los peligrosos callejones de mi barrio, transformados por los colores del atardecer. Casi pegadita a los tres cuartos de la luna que está des-puntando, veo la primera estrella.

Lo primero que noto es que Nino no está. Tampoco Bianca. Paciencia, buscaré yo sola las informaciones que me sirvan. Me acerco a una mesa donde un grupo de personas beben cerveza y conversan: jóvenes de la edad de Bianca, algunas mujeres y hombres más grandes y dos muchachitas sobre los catorce años, aquellas que me habían sonreído la vez anterior.

—Disculpen –digo–, ¿dónde está la lista de los nombres de los brigadistas presos?

—En aquel panel grande –responde una joven con una maravillosa cresta de cabellos rojos y azules.

—¿Por qué te interesa? –pregunta un hombre con barba... Gracioso, la misma pregunta me había hecho la Orca Asesina: sea en la escuela como en el Centro Social, los adultos siempre quieren saber las mismas cosas.

—Busco a mi madre —respondo de un golpe, sin pensar—, Vera Santini. Quisiera saber dónde se encuentra.

—¿Tú eres la hija de Vera? —exclama una mujer de muchos cabellos oscuros en forma de casquito—. ¡Oh, déjame verte! Si Vera lo supiera, pobrecita, se ha consumido el corazón en todos estos años. Ahora está en Rebibbia, yo salí hace unos meses...

—¿Usted... tú... conoces a mi madre?

—Sí, estuvimos muchos años juntas en la cárcel.

—¿Tú también eres una terrorista? Eras —digo. Y me echo hacia atrás como si tuviera miedo de ser rozada por sus manos, delicadas, que abrazaban el vaso de cerveza.

Casi no logro creerlo: es tan seria, tranquila, así parece... una persona cualquiera. Se parece a mi profesora de Matemática, se viste incluso hasta del mismo modo. Pero bueno, ¿qué me esperaba? ¿Una guerrillera vestida de militar, con la ametralladora colgada al cuello y una tira de granadas amarradas en la cintura?

Ella sonrío discretamente. Una sonrisa melancólica y un poco resignada. Luego dice en voz baja:

—¿Por qué terrorista?, nunca hemos puesto bombas en las estaciones... La nuestra es una historia complicada, ¿sabes? No se puede liquidar así, con una palabra...

Pero antes de que yo pueda decir algo, el hombre con la barba me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Scilla —contesto.

—Un nombre extraño. Bello, me gusta. Y dime, ¿cómo es posible que no sepas dónde se encuentra tu madre?

—Nadie nunca me lo dijo. He descubierto yo sola que está en la cárcel, leyendo ciertas cartas.

—Siéntate un momento con nosotros, Scilla —dice el barbudo y yo obedezco aunque no quiero.

—Escucha —comienza—, quiero contarte una historia. Hace muchos años, cuando me arrestaron, tenía un hijo que hoy es un poco más grande que tú. Estaba ya separado de mi esposa, que no había escogido entrar en las Brigadas Rojas y no me lo llevó nunca a la cárcel para que yo lo viera. Así que por dieciocho años no lo vi. Luego un día, cuando él fue mayor de edad y yo tuve el primer permiso, me vino a buscar. Hablamos mucho, y ahora —dice indicando un atractivo joven rubio—, míralo allá: ese es Sandro, mi hijo. Tratamos de recuperar el tiempo perdido. Y él tiene sus ideas, ¿sabes? Bastantes diferentes de aquellas que eran las mías. Comprendernos no es siempre fácil, pero tratamos.

No puedo hacer menos que preguntar: —¿Pero por qué mi madre no está aquí como ustedes?

—Nosotros fuimos arrestados antes que ella —interviene la mujer trigueña—, hemos cumplido más de la mitad de nuestra pena y ahora estamos en semilibertad.

—¿Y qué significa eso? —pregunto.

—Eso significa que de día puedes salir de la cárcel para trabajar, bajo el pacto de respetar ciertas reglas, y en la tarde regresas —responde ella—. Pero tu madre —dice

lentamente, mirando el piso—, no es fácil explicarlo, pero luego de tantos años de cárcel algunos no se adaptan más al mundo de afuera. Por otra parte —agrega llevándose el vaso a los labios—, nosotros somos unos sobrevivientes.

—Adiós, Scilla —dice el hombre de la barba—, se ha hecho tarde y para nosotros es ya hora de regresar a la prisión. Espero verte otra vez.

Los observo montarse en las motos. El perro del Centro los corre detrás y regresa. Tratando de aplastar el pensamiento de mi tía-mamá que, a esta hora seguramente, me está buscando por todo el barrio, comienzo a recorrer la larga lista de nombres.

—¡Son un montón!, ¿no? —dice una voz a mi espalda—. ¡Más de docientos! Cuando descubrí que en Italia hubo más de seis mil prisioneros políticos no lo quería creer.

Es el muchacho rubio, el hijo del brigadista.

—Piensa —agrega— que hasta hace algunos años hubiese querido poner una cruz sobre esos nombres, cancelarlos todos. Incluso sobre el de mi padre. Lo odiaba. Fue duro crecer sin él, y no lograba soportar la idea de que otros muchachos hubiesen perdido a sus padres porque los compañeros del mío se los habían matado. Pero luego lo miré a la cara, lo escuché, no creo haberlo comprendido completamente, pero sé que él me ha comprendido a mí. Y no nos ha ido tan mal. Son nuestros padres... han tratado de enseñarnos algo... no podemos cancelarlos, son parte de nosotros.

—Mi padre también está muerto... —murmuro, como si me hubiese dado cuenta solo ahora. Y entonces también me doy cuenta de que en las últimas horas he pensado solo en Vera, que está aún viva, y que mi mente ha rechazado aceptar esta última revelación, la muerte de un padre que nunca conocí y del cual solamente sé el nombre.

Sandro me da una palmadita sobre la espalda y al poco rato me encuentro sentada en la mesa frente a él,

¡cada uno con su plato de pasta caliente! Durante un rato comimos en silencio, luego, de un golpe, me trago un gigantesco bocado y digo:

—No quiero regresar más a mi casa, pero no sé adónde ir...

—Pero eres menor de edad —me alerta—, ¿qué piensas que estás haciendo? Te encontrarán enseguida, dondequiera que vayas, y luego, escapar de casa no es para nada una buena idea, ni te imaginas mínimamente los riesgos que puedes correr. Tienes padres adoptivos, ¿no? Se preocuparán.

—Hasta hoy he estado con mi tía, pero no quiero verla más, como igual ella no ha querido ver más a mi madre —y este es el día de las lágrimas: aquí están de nuevo y me corren a grandes gotas por toda la nariz.

—Ánimo, Scilla, no llores. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—¡No!

—Pero ¿adónde piensas ir a dormir? —se preocupa.

Bueno, de hecho no lo sé, no tengo idea de dónde estén ahora Bianca y Carlo. Aquí en el Centro no los vi, puede ser que estén en la casa, pero... ¿y si se fueron al cine o a cualquier otra parte?, no sé cuánto tiempo tendría que esperarlos afuera. Creo que es mejor buscar otra solución.

—¿Y no podría quedarme aquí? —digo, esperanzada.

Él parece indeciso, mueve la cabeza: —Realmente no se debería... mejor no.

Las lágrimas comienzan de nuevo a caer, yendo a parar a lo que queda de la salsa, y Sandro se apresura a decir:

—Por esta noche quizás pudieras dormir en una especie de cuartico detrás de la cabaña principal. Antes era el depósito para las herramientas, pero hoy lo tenemos para guardar las pancartas, pinturas y otras cosas, pero en algún rincón tiene que haber un colchón. No es gran cosa, pero es mejor que nada. Eso sí, mañana tienes que irte y enfrentar la situación como una adulta. Habla con tus padres. También con Vera, ve a visitarla a la cárcel.

—¿Se puede?

—Tienes que pedir una visita y escribirle para que la pida ella también.

—Ummm —me limito a responder—. Todavía no sé si tengo deseos de verla... ya... ¿cómo debo llamarla? ¿Vera, mamá, señora, esa?

Dudas y preguntas se ahogan en un enorme bostezo, y Sandro me acompaña a la especie de cabaña toda de madera, llena de cosas de todo tipo, donde encuentro un colchón no muy limpio y lleno de polvo. Por primera vez en mi vida dormiré sola fuera de casa, en la oscuridad más profunda. Habrán ratones y arañas por cantidad, pienso temblando, y decido que es mejor no pensar.

—Pon atención —me dice Sandro—. No hagas ruidos, te aconsejo, porque los demás no estarían de acuerdo con tenerte aquí. Has silencio hasta que todos se vayan. Aquí hay algunas velas y fósforos. Buena suerte y... hasta pronto.

Es bastante tarde cuando la música que viene del Centro deja de sonar, la puerta del galpón se cierra y todos se van, después de haber apagado las luces. Sin el

rumor de la música, me parece que el frío aumenta y la oscuridad se hace más densa. Pero no quiero regresar con tía-mamá. Prefiero quedarme aquí en un rincón, asustada y pasando frío, en espera de una mañana que parece muy lejana.

Sé que es una precaución ridícula, pero he arrastrado unas cajas de madera detrás de la puerta: son ligeras y no bastarían para impedir la entrada de alguien, pero me hacen sentir más segura.

De repente me acuerdo de los sobres amarillos aún cerrados que tengo en la mochila. No tengo sueño, o mejor, tengo miedo de quedarme dormida. Y luego estas hojas amarillas son el único puente hacia un pasado que no conozco, las únicas que no pueden mentir. Por eso enciendo otra vela y abro un sobre que escojo entre tantos. La fecha es de hace pocos meses.

Scilla, querida mía,

Hoy es el cumpleaños de tu padre y siento terriblemente su falta. Pienso en lo que pudiéramos haber sido nosotros tres juntos. Un pensamiento que no tengo derecho a tener, ni siquiera en la nostalgia. Pienso en los muchos que han muerto... tantos de nosotros... pero también en los tantos por nuestra mano. Leo algunos de los versos de mi libretica rota:

A LOS QUE VENDRÁN

Sin embargo sabemos:

“... También el odio contra la bajeza

distorsiona el rostro

también la ira ante la injusticia

hace ronca la voz. Oh

nosotros que queríamos preparar el terreno para la bondad

no pudimos ser amables...”.

¿Podré alguna vez explicarte todo esto? ¿Y lograré alguna vez explicarle mis razones a don Claudio, que me reprocha el no querer salir?

Es verdad, he cumplido suficiente tiempo en prisión como para pedir los permisos-premios.

Pero, una vez más, “mi palabra es no”.

Me siento más libre así.

Mi padre... cuántos años tenía cuando murió. ¿Se parecía a don Claudio? ¿De qué color tenía los ojos? Los míos están casi cerrándose, pero abro otro sobre.

Querida hija,

Prométeme que no odiarás a Rosa por haberte callado todo esto. Ella nunca ha compartido mis decisiones, no obstante se ha visto involucrada, y su vida quedó devastada. Lamentablemente no puedo hablarte de esto por carta,

espero solo que alguna vez ella también me perdone, no sucedió solo por culpa mía...

“...Ustedes que emergerán de los ...

Donde el humo...

Piensen en nosotros con indulgencia”.

Odio, ¿qué otra cosa debería aún descubrir? Según parece los misterios y secretos se parecen a aquellas muñecas rusas de madera, pintadas, cerradas una dentro de otra: se necesita toda una eternidad para ponerlas en fila, desde la más grande a la más pequeña. Y es en este punto donde cedo al sueño y me duermo, para encontrarme proyectada en una pesadilla.

No es el sueño de siempre, pero, ¿por qué estoy corriendo por un largo pasillo a cuyos lados hay rollos y rollos de alambre de púas? Caigo, se me pelan las rodillas, me levanto y continúo con mucho esfuerzo, sufriendo por cómo el alambre me araña todas las piernas, las manos, el rostro. Al final del túnel, dos siluetas de mujeres: sé que son mamá y la tía Rosa, siento sus voces que me llaman. Cada una quisiera que fuera hacia ella y yo me detengo, no sé qué hacer. Luego el pasillo se llena de humo y llamas, mientras las voces, cambiando de tono, se transforman en un grito ininterrumpido.

Me levanto tosiendo.

El humo y las llamas existen de verdad: ¿una de las velas cayó y prendió fuego a una de las telas? Humo negro

por todas partes mientras el fuego consume las pancartas enrolladas y las sillas viejas.

Estoy pasmada y aterrorizada, no logro hacer otra cosa que encogerme en un ángulo, y continúo tosiendo desesperadamente. Si tuviera un mínimo de buen sentido trataría de llegar a la puerta, antes de que las llamas bloqueen la salida, puedo todavía lograrlo, debo lograrlo, y no obstante me quedo inmóvil, como hipnotizada, sin tener la fuerza de levantar un brazo. Luego una serie de golpes contra la puerta y un grito:

— Ey, ¿qué sucede ahí dentro, hay alguien?

¡Pero esa voz yo la conozco, la conozco bien! Y finalmente logro alzarme y me precipito hacia la salida cubriéndome la boca con la bufanda, como una furia me escapo lejos de las cajas, abro la puerta y caigo en los brazos de Nino, aterrorizado y asustado tanto como yo.

Me alza, me abraza y me arrastra, gritando:

—¿Pero qué cosa hacías ahí dentro, se puede saber? ¡Y muévete!, la caseta está llena de latas de pintura, si el fuego las alcanza, ¿te imaginas qué explosión?

Yo continúo tosiendo, y solo cuando llegamos al Centro y nos apoyamos en un muro, tratando de coger aliento, recupero el mínimo de voz que me sirve para preguntarle:

—¿Qué hago yo aquí? ¿Qué haces tú aquí, más bien?

—Te lo explico después, ahora tenemos que llamar a los bomberos...

—Están ya llegando –digo, indicando a lo lejos un resplandor de luces azules–, se ve que alguien se ha dado cuenta del incendio y los ha llamado.

—Esos no son bomberos, es la policía –me aclara Nino—. No estoy seguro, pero pienso que la llamaron mis padres... ayer en la noche discutimos, querían encerrarme en la casa pero me escapé y vine para acá, y como en el Centro de noche no puede quedarse nadie, me escondí y quedé encerrado acá adentro. Pero no podía dormir, tenía mucho frío... y de repente sentí el olor a humo... Tuve que salir por una ventana porque las puertas tienen rejas. Y tú, ¿qué hiciste?

Respiro profundamente el aire limpio de la noche y me paso las manos por los ojos, que, para no variar, estaban por transformarse de nuevo en dos fuentes. Luego digo: —Escapé de casa yo también y Sandro me dijo que podía dormir en la caseta, y luego no sé, el fuego...

—Sí, sí, comprendo –dice Nino rápidamente, haciéndome seña de estar en silencio–, pero ahora es mejor que nos escondamos en alguna parte, la policía ya casi está aquí y es mejor que no nos encuentren... ellos van a llamar a los bomberos.

—Mi mochila... mis cartas –digo.

—Ahora no hay tiempo, ven... además ya todo se habrá quemado.

Me toma de la mano y me arrastra detrás de los árboles que crecen al lado del Centro, altos y gruesos. Desde allí podemos ver toda la escena, como si estuviéramos en el cine. Y de hecho parece realmente una película.

Primero llegan los policías, diez minutos después los bomberos. De otro de los autos de la policía se bajan los padres de Nino y... ¡mis padres! Es decir, aquellos que creía que eran mis padres y en realidad son dos tíos embusteros. Uno de los policías se acerca al grupo llevando mi mochila quemada y la bufanda de Nino, que había perdido mientras nos alejábamos corriendo de la caseta.

Tía-mamá soltó un grito y comenzó a llorar desesperadamente y la madre de Nino se desmayó a los pies de un policía.

—¡Estos nos creen muertos! —digo—, ¿qué hacemos?

—No lo sé, quizás deberíamos hacernos ver —responde él, apretándome más fuerte la mano.

Alargo el cuello, mientras tanto llega don Scarpantibus, que primero se coge la cabeza entre las manos y luego se hace el símbolo de la cruz y abraza a mis expadres.

Es en ese momento en que los dos salimos de los arbustos, tomándonos de la mano.

Esta vez es tía-mamá quien se desmaya entre los brazos de don Claudio, mientras la madre de Nino poco a poco se recupera. Tío-papá y el señor Ferretti, en cambio, se precipitan a abrazarnos —solo que a Nino después del abrazo le echan una descarga.

Finalmente terminamos en la comisaría, por segunda vez en pocos días, porque, como nos hizo notar un policía de ojos severísimos, “teníamos una buena cantidad de explicaciones que dar”.

Es casi el alba y, después de una serie infinita de preguntas, reproches, aclaraciones, lágrimas, declaraciones que firmar, dejamos finalmente la comisaría atrás.

Nino y yo pasamos horas y horas explicando que los del Centro no tenían nada que ver, que ninguno de ellos sabía de nuestra presencia, que nos habíamos metido allí adentro porque habíamos escapado de nuestras casas y no sabíamos dónde pasar la noche.

¿Motivo de la fuga? Bueh, las típicas cosas: se sabe que los muchachos de hoy no tienen respeto, quieren hacer lo que se les pasa por la cabeza, pretenden ser libres aunque todavía tienen la boca sucia de leche... Y luego, igual que con Nino y yo, que continuamos tomados de la mano delante de todos, está también de por medio la sospecha de una fuga romántica.

Si los policías y los señores Ferretti prefieren pensar eso, para mí está muy bien, y también para Rosa y Ciro. No estamos interesados en hablar de nuestros asuntos, al menos no en la comisaría.

También don Claudio está de acuerdo, evidentemente porque en cuanto salimos de allí improvisa un sermón sobre el tema tirando puntas para ambas partes y da una

larga explicación sobre el respeto que se le debe a los hijos y también a los padres.

Nino, exhausto, parte abrazado por sus padres y nosotros tres terminamos en la parroquia, hábilmente pilotados por don tío que dice: —Sé que están cansados, pero antes de regresar a la casa es necesario que hablen. Vengan conmigo y aclaremos todo, el sueño lo recuperan mañana.

Sentados en las sillas gastadas del “despacho” de don Claudio, mis padres adoptivos y yo casi no osamos mirarnos, aunque de vez en cuando nos lanzamos algunas miradas... Pero alguien debe comenzar, ¿no? Entonces, secándome las manos sudadas en mis pantalones levanto los ojos y digo de un golpe:

—Quiero ir a ver a mi madre a la cárcel. —¿Cuándo lo decidí? ¡Bah, no lo sé!, quizás mientras salía corriendo de la casilla o mientras estaba sentada en la habitación de la comisaría o mientras Nino continuaba teniéndome de la mano... No importa el dónde o el cuándo, importa solo que haya comprendido que tengo que comportarme como adulta, como me dijo Sandro.

Tía-mamá mueve la cabeza y comienza a llorar.

Tío-papá solo dice: “Tú no vas”.

—¿Y qué derecho tienen de prohibírmelo? —me acaloro enseguida—. ¡Ustedes no son ni siquiera mis padres!

—Claro que lo somos, te hemos adoptado y criado, llevas nuestro nombre —interviene tía-madre con ímpetu—, Vera es una extraña para ti.

—Sí, también gracias a ustedes —agregó.

—¡Basta! —grita don Claudio—, dejen eso ya, ¡todos! Y tú, Rosa, decídetelo y cuéntale de una buena vez cómo sucedieron las cosas...

Y tía-mamá asiente y comienza a contar entre sollozos, lanzándome una mirada de vez en cuando y apretando un pañuelito empapado de lágrimas.

—Vera es mi hermana, esto lo sabes, ¿no? Mi hermana más pequeña, la bella de la familia, la inteligente. Nos habíamos sacrificado todos por hacerla estudiar, se había ido a Roma y venía regularmente a visitarnos, hasta que un día desapareció, así no más, de la noche a la mañana. No supimos más nada... ni una palabra, ni una carta. Parecía que el viento se la había llevado. Yo fui a buscarla hasta Roma, pero en la casa donde ella vivía con otras estudiantes me dijeron que se había ido sin dejar dirección alguna. Y vivíamos así... con este pensamiento, con esta preocupación, pasaba el tiempo y nosotros permanecíamos siempre igual. La recordaba, ¡cómo no, y de qué manera! Tu abuela había muerto unos años antes, pero si hubiese estado viva, estoy segura de que su corazón no hubiese resistido. Luego, una noche, varios hombres armados derribaron la puerta de nuestra casa y nos hicieron levantar de la cama apuntándonos con una ametralladora en la cara. Llevaban overoles, no parecían policías y de hecho nosotros gritábamos que éramos gente pobre, que en casa no había dinero. Tu abuelo se sintió mal y tuvieron que llevarlo al hospital, era un infarto y murió algunos días después. Murió solo como un perro, porque a nosotros nos habían llevado a un

cuartel de policía: a mí, a Ciro y a tu tío. Allí estábamos, encerrados en ese cuartel cuando él murió.

—¿A qué tío? ¿A don Claudio?

—No, otro tío, mi hermano... que después escapó lejos y no nos quiso mirar más a la cara. Nos gritaban que éramos terroristas y que si no hablábamos, tendríamos un final feo. Pero nosotros ¿de qué cosa íbamos a hablar, si no sabíamos nada de nada? Ellos creían que sabíamos dónde estaban ellos, Vera, junto a ese otro que murió... el marido...

—Mi padre... —digo de un suspiro.

—Sí, tu padre... aquel que la llevó por mal camino. Paz a su alma... —y Rosa, repentinamente sombría se sopla la nariz...

—No hables así, Rosa... —dice don tío con un suspiro.

—Disculpe, don Claudio, sé que era su hermano, pero es la desesperación que me hace hablar. Ahora solo nos falta que también esta hija termine mal...

—Yo solo quiero conocer a mi madre —salto enseguida, ya irritada de recriminaciones y lamentos—, tendré al menos ese derecho, ¿no?

—Sí, ¡buena madre! —comenzó a contar tía-mamá—. Había estudiado, podía tener una vida honesta, pensar en la familia, en vez de hacer que le dispararan en una esquina de la calle. ¡Y estaba embarazada! Pero yo también esperaba un bebé, estaba de cuatro meses después de años buscándolo sin poder lograrlo... , ¡y por culpa suya lo perdí y no pude tener más! Cuando nos detuvieron yo gritaba que estaba embarazada, que estaba mal, pero ninguno me creía o simplemente

no les importaba nada. Nos dejaron así durante tres días, en la oscuridad, sobre un jergón, en esas que llaman las celdas de seguridad...

—Las conozco...

—¿CÓMO DICES?, ¿las conoces?

—No te preocupes, Rosa —se apresura a intervenir don tío, lanzándome una mirada amenazadora—, lo habrá leído en alguna parte, no te preocupes, continúa...

—De vez en cuando venían a llamarnos —continúa Rosa en voz baja, como derrotada por el cansancio— y nos gritaban las mismas cosas. Al final me tuvieron que llevar al hospital, me desmayaba continuamente y tuve una hemorragia, me operaron de urgencia. Pobre bebé mío...

Tío-papá le toma la mano, se la aprieta fuerte. Yo no sé para dónde mirar, quisiera que la tierra se abriera en dos debajo de mis pies y me tragara de una vez por todas.

—Y luego nos dejaron ir —continúa tía-mamá—, se dieron cuenta de que no teníamos nada que ver, y sobre todo ya habían arrestado a Vera. Tu tío se fue lejos, y no nos quiso hablar nunca más. Así fue que Vera me hizo este bello regalo: mi hermano lejos para siempre, mi padre y mi hijo muertos por su culpa, ¡solo por su culpa!

La voz se alza rabiosa. Entonces grito yo también:

—¡Pero no te ha arrestado ella! ¡Cógela con la policía!

—Rosa, uno no puede pasarse la vida atormentándose —dice con fuerza don Claudio—, te lo he dicho tantas

veces. ¡Existe también el perdón, un verdadero cristiano tiene el deber de perdonar!

Tía-mamá se pasa una mano por los ojos, asiente y dice: —Tarde o temprano estaré bien, algunas veces tengo la sensación de haber perdonado, pero luego me doy cuenta de que la rabia está ahí siempre, y que no logro olvidar nada —me observa y continúa:

—Luego naciste tú, y después de un par de años don Claudio nos preguntó si te podíamos tener. Lo pensamos mucho, y al final aceptamos: serías la hija que no habíamos podido tener, pero bajo una condición: que no conocieras nunca la fea historia de Vera. Y ella dijo que sí. Pidió solamente poder escribirte, esperaba que un día te diera sus cartas. He procurado que nada le falte, pero nunca he querido ir a verla. . .

Se abandona, cansada, contra el espaldar de la silla, y don Claudio vuelve a insistir:

—Sí, pero ahora basta. . . ahora es tiempo de perdonar, Rosa. Vera ha pagado y duramente, está todavía pagando. . . Mañana iniciaré los trámites y llevaré a Lilla a verla. Díganme que están de acuerdo. . .

Tía-mamá se suena la nariz, tío-papá arruga la frente, pero no dice nada.

Ha pasado una semana y mi vida es casi la misma de antes. Casi, porque aparte de los típicos gestos, de los horarios que respetar, de la cotidianidad que reclama sus derechos, muchas cosas han cambiado y otras cambiarán.

Mis padres adoptivos y yo nos dirigimos uno a otros con cuidadosa gentileza, como si fuéramos tres

convalecientes que han escapado de una larga enfermedad. No más gritos ni reproches, no más suspiros de impaciencia. Quizás nos estamos estudiando, nos tomamos mutuamente las medidas para comenzar desde cero, pero sin desechar el pasado. No sé cuánto durará, pero por ahora es así. Hoy, por ejemplo, cuando regresé a la casa y anuncié: “Es para mañana. Mañana voy a visitarla a la cárcel”, Ciro y Rosa no dijeron ni una palabra. Pero cuando nos fuimos a acostar, escuché los sollozos de tía- mamá y la voz de tío-papá que de vez en cuando le dice: “Dale, Rosa, no te pongas así, verás que todo se arregla...”.

Con los ojos abiertos fijos en el vacío, me escondo un poco entre las sábanas y termino por dormirme en un sueño sin sueños. La vieja pesadilla no regresó a atormentarme, y ciertamente no siento su falta. Pero aún no he descubierto quién escribió *La canción de los batejeros...*

Me despierta el olor a café y de un dulce recién sacado del horno. Tía-mamá me llama desde la cocina y la encuentro frente a las hornillas, tiene los ojos hinchados y los cachetes llenos de harina. Sobre la mesa, cerca de mi desayuno, hay diversos potes plásticos llenos de comida, ordenados uno sobre otro.

No has dormido nada... y te levantaste temprano para cocinar... —le digo, rozándole la mano.

—Son las cosas para Vera... dile que las he preparado yo, hoy que la ves.

No logro contenerme y la abrazo fuerte, muy fuerte, respirando su olor familiar, seguro. Ella se seca las lágrimas con el delantal, embarrándose de harina hasta las orejas.

—Ahora ve —dice—, apúrate, y cuídate...

Don Claudio y yo caminamos uno al lado de otro por la calle rodeada de árboles. Detrás y delante de nosotros, mujeres y hombres de edades diversas arrastran canastas superllenas, como la nuestra.

Al inicio de la calle algunos guardias armados prohíben a los autos pasar. Don tío ha estacionado el suyo un poco distante. En la parte izquierda veo grandes estacionamientos, sobre la derecha, el muro.

—Tío —ah, cómo me gusta llamarlo así—, ¿por qué no hemos estacionado allí? ¿Esos son los coches de los detenidos?

—Sí, los usan para hacer el *rally* dentro de las celdas. Pero ¡¿qué dices?! —se burla de mí.

—Pero los brigadistas con permiso, que vi en el Centro Social, tenían motos.

—Cierto, pero las ponen en otra parte. Estos son los estacionamientos de los agentes custodios.

—Los agentes son todos hombres, también. ¿Dónde está Vera?

En estos días no he hecho otra cosa que pensar en cómo se vive ahí adentro, pero no tenía a nadie a quién preguntarle. Solo ahora que estoy con mi tío puedo

desahogarme y preguntar. Él ha venido muchísimas veces a ver a mi madre.

—En las cárceles para mujeres, los agentes son tanto hombres como mujeres, en la de los hombres, solo agentes varones. ¿Ves aquellas rejas?, son solo para hombres.

Miro hacia arriba. Desde las ventanas algunas manos se insinúan entre las rejas para alcanzar una cuerda y tender camisas, trapos y medias. Nos llegan rumores de música, risas y olor a café.

Nos cruzamos con un grupo de agentes muy jóvenes que van en dirección opuesta a la nuestra. Ríen manteniéndose abrazados. Sobre pasamos a dos señoras ancianas que hablan en voz alta.

—¿Pero te das cuenta? —dice una—, la semana pasada vine a ver a mi hijo y me dejaron pasar el *stracchino* y no la *mozzarella*, esta semana pasa la *mozzarella* pero no el *stracchino*. ¿Te parece lógico?

—¿Y? Aquí la lógica se ha equivocado de camino — responde la segunda—. La otra vez me levanté a las cinco para preparar el paquete para mi hija y no me dejaron pasar nada...

Un poco más adelante, un grupo de gitanos se detiene delante de la puerta del sector masculino. Una niña, con la cara sucia de chocolate me sonrío y se agarra de la saya de la madre.

—Tío, ¿por qué no hacen cárceles mixtas, como en la escuela?

—Porque son lugares donde se cumple una pena...

—La escuela es también un poco penosa, no obstante estamos con los varones.

—Y tú estás contentísima de estar en clase con tu trigueño.

Me pongo roja. Se dieron cuenta realmente todos, ¿eh? ¿Quién sabe que estará haciendo Nino en este momento?... Y Vera, mi madre, ¿cómo puede vivir ahí adentro, sin amor?

—Ey, deja de soñar que ya vamos a llegar y tienes que entrar sola.

Una gran puerta de hierro se alza frente a nosotros. El corazón me late cada vez más fuerte, y de repente siento un gran frío. Peor, tengo un deseo imprevisto y desesperado de hacer pipí.

¿Y si me diera media vuelta y escapara?

—Ahora te toca a ti... —don tío me da un empujoncito.

Observo el muro, el guardia armado que se pasea sobre nosotros, una cantidad de faros como solo se ven en el palco de un concierto. No estoy tan segura de querer entrar. ¿Y si no me dejan salir?

—¿Si Vera quisiera, puedo estar con ella todo el día? —digo, hablando por hablar.

—No, ya te lo expliqué, una entrevista de una hora a la semana, tú de un lado y ella del otro lado del muro. Y es mejor que te decidas a crecer de alto y no de ancho, si quieres llegar a tomarle la mano. Y ahora, dale, ¡apúrate! ¿O has cambiado de idea?

Estaba justo a punto de hacerlo, pero en cambio tomo el paquete, que hasta ese momento había cargado don

Claudio, y él mismo va a tocar el timbre. Cuando siento el crujir metálico que indica que se puede entrar, don tío me sostiene abierta la puerta de cristal blindado.

—Salúdame a Vera, dile que esta semana le escribo.

Entro en una habitación parecida a una oficina de correo.

Delante de mí, dos ventanillas con los cristales altos hasta el techo, detrás de las cuales conspiran hombres y mujeres en uniforme.

Al lado un aparato identificador móvil, como los que se usan en los aeropuertos, sobre el cual se tienen que poner los paquetes para los detenidos.

En lo alto, una telecámara.

Por todo el piso, cáscaras de maní, chicles y papeles de golosinas.

Desde una puertecita entreabierta sale un fuerte olor a orina. Sobre dos bancos de madera, dos ancianas conversan.

Los familiares están en fila en las ventanillas: una señora gruesa con un vestido de flores, una joven vestida de terciopelo que me pregunta la hora. Dos niños pequeños que dan patadas a los papeles de caramelos, una gran cucaracha que se mete a salvo debajo de un banco. En la otra parte, otras personas en uniforme, otras puertas, otros vidrios oscuros.

Me falta el aire, por un momento pienso que quisiera ser una niña pequeña, tomada de la mano por aquella que creía era mi madre. Una niña que no sabe nada, que no ha descubierto aún la verdad y es simplemente la hija de

Rosa, ama de casa, y de Ciro, constructor. Dos buenos padres, un poco ansiosos, pero dos padres como todos los demás.

Un par de manos de muñecas me hacen seña de avanzar. Salen de la manga de un uniforme, en la cual no me entraría ni un brazo. Lo lleva una señora no muy joven, pero tan minúscula que parece una niña.

—Apellido y nombre.

—Mariano, Scilla.

—¿Tienes permiso? ¿A quién vas a ver?

Trago, sacando del bolsillo un pedazo de papel cuidadosamente doblado.

—A mi madre —digo, dándole la hoja.

—Ah —dice—, la hija de Santini... máxima seguridad. ¿Es la primera vez que vienes?

—Sí.

—Y yo te digo que no, mentira. ¡Tú ya has estado aquí! Yo lo sé. ¿Y tú no sabes, Mariano, que fui quien te sacó el día que saliste? Eras pesada como una piedra, una bebé así, tan gorda, nunca la había visto.

¡Ella! Los brazos secuestradores que había soñado por tantos años, eran los suyos.

—Ey, ¿qué?, ¿te quedaste encantada? Te he preguntado si tienes el paquete para dejarlo...

—Sí —murmuro aturdida.

—¿Y qué tiene dentro? ¿Has visto la lista de lo que se puede pasar? —y me indica una lista colgada en un mural—, solo cinco kilos de estos productos. Luego,

cuando termines la visita, pregunta si tu madre te ha dejado algo para que te entreguen.

Los que me antecedían van desapareciendo detrás de otra puerta blindada. Arriba hay un cartel con letras cúbicas: “Los parientes no pueden venir a la entrevista en *shorts* o minifaldas”.

Recorro rápidamente la lista de los “absolutamente prohibidos”: casi todo menos algún jamón, queso duro y bizcochos secos.

Otro agente está abriendo todos los potes preparados por tía-mamá. Me hace señas de pasar a su ventanilla.

—Reloj, llaves, encendedor, cigarros, dinero, cadenas, anillos, documentos... —dice con tono monótono—, deja todo en el armario correspondiente.

Me alarga una llave e indica la pared de enfrente, donde hay un cierto número de armarios de seguridad con los vidrios oscuros. Luego coge un cuchillo sucio de mermelada y comienza a revisar en los potes. En tres segundos todo cambió de aspecto: la rosquilla se transformó en comida para los pájaros, los tomates en un nudo de piel y de agua roja, el pavo en una especie de picadillo nada agradable. Quizás Vera ha perdido los dientes aquí en la prisión y por eso la comida le tiene que llegar reducida a puré.

Luego el agente, un hombre de aspecto aburrido, mete todo en bolsas de celofán y las deposita en una caja con agujeros oxidados donde las sella con lacre y las amontona junto con las otras. Al final me devuelve más de la mitad de los potes.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

—No pasa.

—¿Por qué? —insisto.

—Reglamento —responde él, y le hace una seña al próximo para que se acerque.

Meto cada cosa en el “armario correspondiente” y sigo a otro agente, pasando por una especie de compresor que enseguida comienza a sonar.

—¿Te quitaste todo lo de oro? —me pregunta una agente alta, con los cabellos pintados de rubio.

—Sí, solo tenía la cadena.

—¿Y esto qué cosa es? —Y señala un anillo que llevo en el anular, una bobería que venía dentro del huevo de Pascua, y me lo quito obedientemente.

Y ahora quítate los zapatos, bájate el pantalón y quítate también el suéter.

—¿Va en el armario todo esto también? —pregunto, alteradísima—. Pero, en la cárcel ¿uno tiene que estar desnudo?

—Claro que no, pero te tengo que revisar, lo único que nos faltaría es que entraras con algo al sector de “Máxima”.

Luego se pone un par de guantes de cirujano, me hace alzar las manos y comienza a revisarme por todos lados. No soporto que los extraños me toquen, pero trato de pensar en otra cosa, concentrándome en la nariz de águila y los dientes de castor de la agente. Desde lo alto, la luz amarilla de un faro atraviesa el polvo, cancelando un rayo de sol.

Salimos de nuevo al exterior, donde encuentro al grupo de parientes: los dos viejos hablan entre ellos de cheques y pensiones. Los niños pequeños lloriquean para que los carguen, las madres los ignoran. La joven de terciopelo mueve el pie con impaciencia.

Cuando llega el último de todos los aceptados para tener la entrevista –un joven en *jeans* al que le faltan los dientes de adelante–, un agente de pies planos nos guía finalmente a lo largo de una pequeña subida rodeada de zonas verdes.

En un espacio cercano veo algunos juguetes para niños. ¿Yo también habré jugado ahí, cuando pequeña?

La rubia que me ha desvestido nos sigue, y descubro que es toda para mí. De hecho, mientras el grupo de parientes se aleja con Pies Planos en otra dirección, nosotras dos giramos a la izquierda y vamos hacia un edificio bajo, rodeado de una alta cerca metálica y de alambres de púa.

Antes de entrar nos cruzamos con personas en uniforme o con bata blanca o con overoles azules y muchachas vestidas de yute empujando carritos cargados de sacos negros. De cada lado hay edificios con las ventanas enrejadas. La voz de un *disc jockey* de alguna radio del exterior se siente a todo volumen. Dos gatos grandes se juntan alrededor de un espinazo.

Sobre el portón metálico del edificio bajo, está escrito: “Máxima Seguridad”. En una esquina, un *graffiti* donde alguien ha escrito: “Abandonen toda esperanza quienes entren aquí”.

El portón se abre sobre un ambiente tétrico y silencioso, lleno de telecámaras y rejas.

—¿La revisaste? —pregunta una agente de cabellos crespos.

—Claro —responde mi acompañante, y luego se mete en una habitación e introduce una moneda en la máquina del café.

—Por aquí —dice la otra, haciéndome el camino.

Otro portón cerrado. Se siente el rimbombar de pelotas y voces. Nos paramos delante de una puerta con los cristales blindados. La agente abre con una llave dorada y me hace entrar.

Espero sobre un helado banco de mármol y observo a mi alrededor, dándome cuenta de que también esta habitación está dividida en dos por grandes cristales altos hasta el techo, como en una oficina de correos. En el cristal se abre una especie de ventanilla cuadrada. ¿Otros trámites burocráticos? Pero ¿dónde están los empleados?

En aquel momento se abre la puerta de cristal de la otra parte. La primera cosa que veo son los cabellos: son rojos como los míos, quizás un poco más oscuros, rizados y cortados irregularmente. Luego me doy cuenta de los ojos grises y verdes en un rostro pálido de niña.

Una mujer en *jeans* y botas me observa desde la otra parte del muro. No se parece a ninguna de las caras que he visto en las fotografías del Centro Social. No, se parece a mí, o mejor dicho soy yo quien me parezco a ella.

Se acerca al cristal y extiende las manos más allá de la ventanilla.

—Hola —me dice—, soy Vera.

—Scilla Mariano —contesto estúpidamente.

Y meto mis manos entre las suyas. Son frías, pequeñas.

Nos miramos. Quisiera preguntarle sobre la historia de los bateleros, pero mis labios los siento como si estuviesen pegados con Pega Loka.

—¿Y entonces? —me dice don tío cuando me ve salir, llena de potes—. No dejaron pasar mucho, ¿eh?

Muevo la cabeza. No logro todavía hablar, y aún no he decidido si tengo deseos de reír o llorar. Entre las manos tengo un libro arrugado, que los agentes me han entregado a la salida. Me puse a ojearlo rápidamente, deteniéndome en la puerta de la cárcel. Estaban los versos que había leído en las cartas. También *El canto de los bateleros del arroz*.

—Entonces, ¿cómo te fue? —insiste el don.

—Bien —aúllo, dándole la mitad de los contenedores—, me ha regalado esto.

Y le muestro el viejo libro sin carátula.

—Las poesías de Brecht, mucha retórica, pero también versos lindísimos —dice él.

No estoy completamente segura de captar el significado de la palabra “retórica”. Me hace pensar en don Scarpantibus y todas aquellas historias de ovejas perdidas y de chivos expiatorios que son echados fuera para lavar los pecados del mundo. Pero estoy un poco distraída para profundizar. Las palabras me salen de la boca como si fueran pensamientos en voz alta:

—... y después me dijo que conocía una dieta fantástica, se pueden perder al menos dos kilos a la semana...

—¡Uh! ¿Y tú has decidido hacerla?

—Claro.

Un poco más adelante, sentados sobre el primer murito de confluencia de la avenida, hay dos familiares que están llegando al fondo de los potes. Me dirijo yo también hacia el murito: mi estómago me está invitando a almorzar y no tengo intención de rechazarlo.

Me siento junto a una muchacha que devora uno detrás de otro ajíes rellenos. Me observa, traga otro bocado y dice:

—Me los estoy comiendo por rabia, ¿sabes?... Los había hecho para Tania, pero no me los dejaron pasar.

—Tampoco a mí —digo solidarizándome, atacando la flor de calabaza con *mozzarella* y sardinas.

—¡Hey! —la sombra de tío Scarpantibus cubre el único rayo de sol—, ¿y la dieta?

—Comenzaré mañana —le digo, riéndome.

Epílogo

La historia de este pequeño libro tomó forma en un centro social ocupado y autogestionado que se llama Corto Circuito, una experiencia que todavía resiste, después de más de veinticinco años de ataques y desalojos; un espacio político y social, gratuito y alternativo para los jóvenes de los suburbios abandonados de Roma, en un país capitalista como Italia, donde los servicios públicos se pagan caro. En estos espacios autogestionados —que en Venezuela están apoyados por el Gobierno Bolivariano— se desarrolla la práctica política y cultural, se puede comer con muy poco dinero y también hacer deporte. Al igual que la jovencísima protagonista del libro, siempre he practicado el fútbol y las artes marciales. En la cárcel logré mantenerme en forma, y cuando empecé a salir durante el día para ir a trabajar en el periódico *Il Manifesto*, usaba el poco tiempo disponible antes de regresar por las noches a la prisión para entrenar en el gimnasio popular del Corto Circuito.

Como ustedes saben, el deporte acorta las diferencias y acerca las generaciones. Y así, haciendo *kick boxing*, me sentía cómoda con una muchachita llamada Scilla. Ella y su grupo de amigas, tan pronto terminaban las clases, se lanzaba apresuradamente a escuchar cualquier

concierto en otros centros sociales. Y siempre me pedían que fuera con ellas. Pero apenas podía saludarlas a toda prisa, pues debía volver a la prisión, como lo hacían otros compañeros en iguales condiciones de régimen carcelario: subir a un carro y cabalgar una moto antes de las diez de la noche.

¿Quiénes eran estos “jóvenes envejecidos” a quienes todos trataban con respeto, pero que nunca se quedaban hasta el final de la fiesta? Por supuesto, el colectivo que dirigía el centro social sabía que éramos brigadistas, pero el resto de los muchachos que frecuentaba este espacio intergeneracional, no.

Cada vez que la burguesía vence, para intentar borrar su propio miedo, trata de ocultar la memoria. Calumnia y demoniza a los revolucionarios catalogándolos de “terroristas”, para evitar que la juventud siga el ejemplo.

Sin memoria, no hay futuro, y así se cuele el mensaje que el sistema difunde: “Fuera del capitalismo, no se puede hacer nada. Sean buenos: dejen que el manipulador manipule a su antojo”. ¿Acaso no es lo mismo que está haciendo la derecha en América Latina? Entonces, me preguntaba cómo podía hablar con esas muchachas que no sabían nada de la historia pasada, cómo podría explicarles el porqué de una lucha armada por el socialismo que duró casi veinte años y en la que muchos comenzamos cuando éramos aún menores que ellas.

¿Cómo se puede explicar a un adolescente que, en la lucha por nuestros ideales, éramos capaces de poner en juego nuestra propia vida y hasta la de los demás? ¿Cómo

explicar nuestra elección de la vía armada en un país que todo el mundo considera una “democracia”?

En particulares momentos históricos, como ocurrió durante el siglo XX, la revuelta de la juventud coincide con la teoría revolucionaria y en la lucha por el socialismo se reconocen los “próceres” y los propios héroes.

Pero esto se ha vuelto terriblemente más difícil después de la caída del campo socialista. Los jóvenes de Occidente se han convertido en un objetivo —y un objeto— del consumismo, que los expone solo al “mensaje” de la publicidad o a los distorsionados por los grandes medios de comunicación, pero no al que le propusimos nosotros: expropiar a los que les están expropiando su futuro.

Fue así como recurrí a la literatura. Los libros, la música y la fantasía me han permitido ser libre, a pesar de la gran pobreza en que nací, y entender que no me hubiera sentido bien jamás de no haber puesto a disposición de otros proletarios las cosas que había comprendido y darles el ejemplo.

“Ser cultos para ser libres”, decía siempre el comandante Chávez, citando las palabras de José Martí. Y luego, al mostrar esta historia a algunas compañeras y compañeros venezolanos, pensamos que sería más útil si compartíamos estas reflexiones, lo que he vivido y lo que estoy viviendo hoy gracias al socialismo bolivariano, con potenciales lectores.

Estaría fuera de lugar aquí detenerse y hacer un paréntesis —necesario quizá en otro momento— de la trayectoria de las Brigadas Rojas desde un punto de vista

histórico y político por lo cual diré solo unas pocas cosas de manera sintética. Lo que me gustaría más es mostrar algunas similitudes con lo ocurrido en Venezuela durante la IV República, a pesar de ser dos contextos históricos diferentes, y dejar en evidencia las consecuencias de las dos modalidades, distintas, de utilizar el balance que se hace de los brotes insurgentes del siglo pasado.

Las Brigadas Rojas nacieron oficialmente en 1970 en Pecorile, una aldea en la región de Reggio Emilia, en una Italia que hoy casi ha desaparecido gracias al profundo cambio en la estructura del trabajo y la sociedad. Era la época de las grandes fábricas y la clase obrera organizada. Se presentaba como una alternativa que aglutinaba a su alrededor al resto de los sectores sociales. Grandes sindicatos y grandes partidos políticos —entre ellos el Partido Comunista, el más grande de Europa— animaban la democracia burguesa de un país subordinado a la OTAN.

Una nación lleno de contradicciones —entre un norte rico y un sur pobre y subdesarrollado—, atrapado por poderes legales e ilegales: las mafias y las estructuras ocultas paramilitares como la llamada Gladio, fascistas y servicios secretos, listos para preparar masacres con tal de contrarrestar el poder popular y la posibilidad de que Italia “fuese como Rusia” y le quitara el poder a la burguesía.

En ese contexto, llegaba el mensaje revolucionario proveniente de pueblos que estaban tratando de liberarse del yugo a través de la resistencia armada: Vietnam, Palestina... Las Brigadas Rojas diseñaron su estrella de

cinco puntas sobre un círculo rojo como un homenaje a los Tupamaros de Uruguay. Se inspiraron en las Panteras Negras de los Estados Unidos, en el Che Guevara, en Marighella y, obviamente, en la Revolución soviética de 1917.

Fueron el producto de las luchas estudiantiles de 1968 y del poder obrero que se desarrolló en las fábricas en 1969 y recogieron dos legados inconclusos: el del movimiento de los consejos de fábrica de Turín en 1921 y el de la resistencia comunista al nazifascismo durante la Segunda Guerra Mundial. Dos circunstancias históricas que nos hubiese gustado que desembocaran en revolución y no en construir la democracia burguesa.

Un proyecto compartido en aquellos años por diferentes sectores y grupos sociales que, durante casi dos décadas, apoyaron la lucha armada, también practicada por muchas organizaciones más pequeñas de la izquierda revolucionaria. El punto cumbre de la acción de esta rebeldía en armas fue el secuestro de Aldo Moro, líder de la Democracia Cristiana —el equivalente de Copei—, en 1978.

En ese entonces, el Estado se negó a negociar la liberación de algunos compañeros presos. El Partido Comunista, que participaba en la estrategia del “compromiso histórico” —una alianza reformista con la Democracia Cristiana—, apoyó sobre todo la “línea dura” y contribuyó con su voto en la aprobación de leyes de emergencia contra la oposición armada que preveían

penas de cárcel y castigos mucho más severos para las Brigadas y la oposición revolucionaria.

Para las instituciones, el punto principal era no reconocer la existencia de un poder popular organizado que a través del “ataque al corazón del Estado” tenía la intención de liberarse de la tutela de los Estados Unidos y sus multinacionales. En ese contexto, dentro y fuera de las prisiones, se desarrolló un conflicto muy agudo en el que el Estado respondió con cientos de dictámenes de cadena perpetua, con una represión brutal e incluso con la tortura.

Diez años más tarde, después de algunas divisiones internas, un saldo de casi seis mil presos políticos recluidos en prisiones de máxima seguridad y la traición de algunos dirigentes, las principales corrientes de las Brigadas Rojas lanzaron la propuesta de una solución política. El Estado, sin embargo, la subestimó y la dejó caer. Y quienes, otra vez, cerraron las puertas fueron los herederos del “partido de la firmeza”, que en el ínterin arrojaron al cesto de la basura el nombre de “Partido Comunista”, recogido más tarde con nuevas siglas por la izquierda parlamentaria.

Para destruir la identidad revolucionaria, fueron decretadas dos leyes: una sobre “el arrepentimiento”, que preveía la libertad para los traidores, y otra sobre la “dissociación” que ofrecía una fuerte reducción de las penas para los que renunciaran públicamente al comunismo, como en los tiempos de la Santa Inquisición.

Leyes profundamente apreciadas por la izquierda convencional de entonces y que aún determinan sus principios y su filosofía, tanto es así que aquel chantaje de los años setenta, que argumentaba que el socialismo era un mal del cual había que tomar distancia, sigue influyendo en la generación joven.

Hoy en día, aquella Italia no existe más, no existen los mismos sujetos sociales ni los mismos partidos políticos ni el mismo contexto internacional. Parece haberse consumido en la derrota aquella “anomalía” que hacía de Italia algo potencialmente engorroso, una “bala perdida” bajo el paraguas de la OTAN.

Las contradicciones sociales, sin embargo, no han disminuido, de hecho los ricos se hacen más ricos y los derechos más elementales y básicos han vuelto a ser un privilegio. Solo que los sectores populares ya no tienen una plataforma política que los organice para cambiar las cosas, y en parte han sido atraídos por partidos xenófobos o por el populismo.

Mientras que la Venezuela Bolivariana ha logrado reconstruir un bloque social alternativo que ha puesto el socialismo en el centro del nuevo siglo, la izquierda italiana ha seguido siendo una prisionera de la lógica “puntofijista”, que cree en la alternancia de gobiernos que siempre excluyen a los comunistas.

Mientras que la Venezuela Bolivariana ha puesto el poder popular y la democracia participativa en el centro del cambio, la izquierda italiana se consume en los pactos

de las élites y en los rituales electorales que cada vez tienen menos participación.

“Noel Rodríguez está de vuelta”, se gritó en la marcha para honrar los restos del estudiante, redescubierto gracias a la investigación llevada a cabo por asociaciones de familiares apoyados por el Gobierno Bolivariano. Los análisis realizados indican que el joven fue torturado y asesinado por la policía y su cuerpo enterrado en el anonimato durante los años de la IV República.

Años de democracia, según los EE. UU. y los gobiernos occidentales. Pero años de “democracia disfrazada” para aquellos que han tratado de rebelarse, pagando un precio muy alto, porque las democracias burguesas nacidas del Pacto de Punto Fijo y subordinadas al Consenso de Washington arrojaban a los opositores desde los aviones y los torturaban en prisiones secretas mucho antes de que lo hicieran en otros países latinoamericanos como Chile o Argentina, donde los EE. UU. colocaban dictadores de su agrado.

En la Asamblea Nacional, cantamos el *Bella ciao* en castellano. Exguerrilleros de los años sesenta y setenta se alternan en el micrófono. Algunos de ellos, hoy en día, son diputados o ministros. También hablan los familiares de los muertos y los desaparecidos, reclamando sus héroes. No son víctimas, sino héroes. Mujeres y hombres que atacaron el Estado burgués para construir el socialismo y lo han desenmascarado, han descubierto su verdadera naturaleza y por ello han pagado un precio muy alto.

La Revolución Bolivariana ha consagrado en la Ley contra el Olvido, aprobada en 2011, el derecho a la memoria. Así dice el Capítulo IV (De la memoria histórica): el Estado reivindicará las luchas populares y revolucionarias llevadas a cabo por el pueblo venezolano. Durante el período histórico de 1958 a 1998 (...). También reconocerá las acciones realizadas por obreros, estudiantes, campesinos, campesinas e intelectuales en defensa de la soberanía, la democracia popular, la liberación nacional y el socialismo...

Canto yo también el pero un nudo en la garganta me impide continuar. *Bella ciao* es una canción italiana, habla de los partisanos que lucharon contra el fascismo y el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial y que se convirtió en el símbolo de la resistencia contra cualquier tipo de opresión. Solo que en mi país, donde el socialismo no ha vencido, sino que manda una democracia burguesa al estilo de la IV República, el Estado no celebra este tipo de héroes: nuestros héroes.

Las medallas se otorgan a los que nos han combatido con todos los medios posibles, como sucede en una lucha sin cuartel. Una lucha por el poder. Y así, en pleno corazón del “Occidente civilizado” y de las “democracias avanzadas”, el Gobierno italiano ha torturado, reprimido y asesinado a sangre fría a los que querían establecer el socialismo en los años setenta y ochenta. Y, después de ganar, trató de borrar la memoria de aquellas luchas y el temor que sienten las clases dominantes, cambiando, también a nivel simbólico y del lenguaje, la cruda verdad

histórica, y satanizando dentro de la odiosa categoría de “terrorismo” la insurgencia armada del poder popular.

“El pueblo tiene derecho a la verdad (...) tiene derecho a conocer las causas de la violencia e identificar a los elementos en conflicto que existieron...”, dice el Capítulo II de la Ley contra el Olvido. Los jóvenes tienen derecho a conocer las tentativas revolucionarias que les precedieron, para evaluarlas con el fin de volver a tomar el liderazgo y construir nuevas victorias. Pero esto es exactamente lo que asusta a las clases dominantes: el ejemplo de aquellos que, a lo largo de los siglos, han sacrificado su vida por la redención de las clases populares.

Ennegrecer con calumnias o dañar la memoria de los símbolos de la revuelta es, por lo tanto, un elemento fundamental de la opresión capitalista. Un elemento crucial en la guerra mediática que, en la actualidad, prepara ataques a pueblos que, como la Venezuela Socialista, constituyen nuevamente un ejemplo.

GERALDINA COLOTTI

ÍNDICE

1 / 7

2 / 17

3 / 27

4 / 35

5 / 43

6 / 53

7 / 67

8 / 75

9 / 83

10 / 93

11 / 103

12 / 111

Epílogo / 123

El Secreto

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas – República Bolivariana de Venezuela





El Secreto

Es la historia de Scilla, una adolescente que va descubriendo el mundo, su entorno y a ella misma. Su mundo, tal vez como el de cualquier adolescente, estudios, deporte y casa, nos remite a una joven que quiere escapar: rebelarse de la encasillada y castrante educación católica –tanto en la escuela como en su casa–, de la mirada acosadora de sus padres y de don Claudio, director del colegio, entrenador del equipo de fútbol y por supuesto representante del Vaticano. Scilla se nos presenta en primera persona y nos conduce por sus casi catorce años de vida, experimenta su rebeldía entrando a películas censuradas, muestra detalles de su vida familiar, sus aspiraciones, recuerdos, sueños y una pesadilla que siempre la ha acompañado y cuyo significado nunca ha podido descifrar. Enamorada de Nino, compañero de clase y vecino, aspira a ser independiente; este camino la conduce a un mundo totalmente desconocido para ella y así lo descubre, torpe, ingenua y auténtica. *El secreto* es un canto, un homenaje a la juventud rebelde y luchadora; pero también representa otra versión de la historia oficial de la lucha armada en Italia en la década de los setenta y ochenta y es también un homenaje a la fundadora y dirigente de las Brigadas Rojas: Margherita Cagol, alias Mara.

GERALDINE COLOTTI (Ventimiglia, Italia, 1956)

Poeta, escritora y articulista. Se incorporó muy joven a las Brigadas Rojas italianas, organización revolucionaria radical. Fue apresada en 1987 y sentenciada a una condena de 27 años, de los cuales cumplió 25 y le indultaron 2, hasta salir en libertad en 2009. Ha publicado más de diez libros entre ensayo, poesía, cuentos y novelas, entre ellos *Yo lo vi, no me lo contaron* (impreso en 2011 por Vadell y en edición digital aumentada y corregida en 2016), dedicado a su experiencia de la Revolución Bolivariana. Como articulista colaboró desde 1999 con el periódico *Il Manifesto* (del que hoy es responsable en América Latina), gracias a una ley en Italia que permite, luego de cumplida la mitad de una condena, trabajar en el día y regresar en la noche. Es directora de la edición en italiano de *Le Monde Diplomatique*.